Queridos Estudiantes (no alumnos, pues "alumno" quiere decir "SIN LUZ" y opino lo contrario de ustedes) Lo que sigue, es una MINI guía de lectura ... piensen que lo elegí especialmente para VOS que lo tenés en la mano... Están "en orden" (en los que los fui encontrando)

Así disfrutan de la misma "construcción sociológica" que sentí yo al leerlo, la (>), en (//) al dictado de socio este año. Nuevamente GRACIAS a cada uno de ustedes.

(∃) (↑) (%) de P ("CAMBIAR EL MUNDO") → ¿σ? ¿α? ¿ → depende de la (#) de USTEDES de que ACTIVEN

↳ ojo! si siguen la μ no llegan a nada!!

Seguimiento de Pérdidas Mensual al: *17/04/2014*

LOCAL 184

	Sección	Ventas	INV	%	PAR	%	Desconocida	%	ROB	%	ROT	%	VTO	%	MFA	%	RDS	%	Conocida	%	Total Merma	%
10	BEBIDAS	111310	-2345	-2.11%	0	0.00%	-2,345	-2.1%	-6	0.0%	-73	-0.1%	-295	-0.3%		0.00%	0	0.00%	-374	-0.3%	-2,718	-2.4%
11	D.P.H.	152549	-2925	-1.92%	0	0.00%	-2,925	-1.9%	-224	-0.1%	-201	-0.1%	-129	-0.1%		0.00%	0	0.00%	-553	-0.4%	-3,478	-2.3%
14	SECO	222539	619	0.28%	0	0.00%	619	0.3%	-164	-0.1%	-695	-0.3%	-725	-0.3%		0.00%	0	0.00%	-1,584	-0.7%	-965	-0.4%
15	P.A.S.	145278	1004	0.69%	0	0.00%	1,004	0.7%	-3	0.0%	-215	-0.1%	-1,604	-1.1%		0.00%		0.00%	-1,822	-1.3%	-817	-0.6%
						#¡DIV/0!				#¡DIV/0!						#¡DIV/0!		#¡DIV/0!				
	P.G.C.	631676	-3646	-0.58%	0	0.00%	-3,646	-0.6%	-397	-0.1%	-1,183	-0.2%	-2,753	-0.4%	0	0.00%	0.00%	0.00%	-4,333	-0.7%	-7,979	-1.3%
20	FIAMBRERIA	42796	-235	-0.55%	0	0.00%	-235	-0.6%	0	0.0%	0	0.0%	-1,878	-4.4%		0.00%	0	0.00%	-1,878	-4.4%	-2,113	-4.9%
21	PESCADERIA	2194	82	3.75%	0	0.00%	82	3.8%	0	0.0%	0	0.0%	-398	-18.1%	0	0.00%		0.00%	-398	-18.1%	-316	-14.4%
22	VERDULERIA	32412	-2116	-6.53%	0	0.00%	-2,116	-6.5%	0	0.0%	-10	0.0%	-3,319	-10.2%	0	0.00%		0.00%	-3,328	-10.3%	-5,444	-16.8%
23	PANADERIA	7678	-86	-1.12%	0	0.00%	-86	-1.1%	0	0.0%	0	0.0%	-1,064	-13.9%	0	0.00%		0.00%	-1,064	-13.9%	-1,151	-15.0%
24	CARNICERIA	34315	-1220	-3.56%	0	0.00%	-1,220	-3.6%	0	0.0%	0	0.0%	-1,277	-3.7%	-1,306	-3.80%	131	0.38%	-2,452	-7.1%	-3,673	-10.7%
25	INSUMOS	0	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!		#¡DIV/0!		#¡DIV/0!		#¡DIV/0!		#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!
26	PLATOS	2682	-19	-0.70%	0	0.00%	-19	-0.7%		0.0%	0	0.0%	-784	-29.2%		0.00%		0.00%	-784	-29.2%	-803	-29.9%
							#¡VALOR!															
	FRESCOS	122077	-3595	-2.94%	0	0.00%	-3,595	-2.9%	0	0.0%	-10	0.0%	-8,720	-7.1%	-1,306	-1.07%	131	0.11%	-9,904	-8.1%	-13,499	-11.1%
30	**BAZAR**	27518	0	0.00%	0	0.00%	0	0.0%	-10	0.0%	-138	-0.5%	-224	-0.8%		0.00%		0.00%	-372	-1.4%	-372	-1.4%
													0									
40	**ELECTRO**	0	0	#¡DIV/0!		#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!		#¡DIV/0!		#¡DIV/0!		#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!	0	#¡DIV/0!
60	**TEXTIL**	750	0	0.00%	0	0.00%	0	0.0%	0	0.0%	0	0.0%		0.0%		0.00%		0.00%	0	0.0%	0	0.0%
	Tienda	782021	-7241	-0.93%	0	0.00%	-7,241	-0.9%	-408	-0.05%	-1,330	-0.17%	-11,696	-1.50%	-1,306	-0.17%	131	0.02%	-14,609	-1.9%	-21,850	**-2.79%**

La energía que fluye en el mundo es como un caudal de un río con troncos en el camino que producen turbulencia, curvas y cambios de velocidad. Al retirar un tronco, el río es el mismo, pero fluye de manera distinta.

Entonces, todo se traduce a una cuestión de actitud. Son algunas posturas hacia la vida diaria que las nuevas generaciones vamos a tener que adoptar.

El primer paso ya lo estamos dando, y esto es despertar y tomar conciencia de toda la realidad que nos rodea.

Utopía y Cordura (A. Elizalde)

OTRO TIPO de CIVILIZACIÓN (Continuación)

"Como le escuché decir a Humberto Maturana, «la historia de la humanidad sigue el curso de los deseos. No existe necesidad ni recursos, son los deseos los que los hacen.

Cambiando nuestros deseos, cambiará nuestra forma de relación con el ambiente. Esto lo saben muy bien aquellas culturas que han desarrollado una forma de relación de respeto y de unidad con la naturaleza. EL LIMITE ÉTICO AL DESEO ESTÁ PUESTO POR UN PROFUNDO RESPETO A TODA FORMA DE VIDA. Solo cuando es absolutamente imprescindible para mi propia supervivencia, podré tomar la vida ajena en mis manos, pero con un profundo amor y agradecimiento a ese ser que hace posible mi propia conservación. No ha sido jamás valorizado en este tipo de culturas ni el derroche, ni el despilfarro, ni la obsolencia deliberada, ni los intereses, ni la usura. El valor de las cosas es algo que no está puesto al margen de la vida. Es la vida y la diversidad que ella contiene el valor supremo que orienta el accionar humano."

24/2/2014

No puedo definir ("encasillar") el amor ...
Porque si trato de definirlo me pongo a buscar objetivos que se usan para definir otras cosas y se pierde lo mayor.
Solo cuando me quedo callada (de la boca, cuando hago de cuenta que no sé hablar o que soy sordo-mudo, veces ahí me olvido de las definiciones (inalcanzables) y percibo ese color incalculable, un color feliz. Y sí, lo intuyo, que ese es el amor.

Anthony Giddens
"El rol del sociólogo"

heard 1st time by Guido Rosatti's quote: April - 2012
Today: May - 2014

- ¿Deben los sociólogos defender de forma activa y llevar a efecto acciones públicas en favor de programas prácticos de reforma o cambio social?

Hay quienes defienden que la sociología puede preservar su objetividad sólo si quienes la practican son cuidadosamente neutrales en controversias morales o políticas, pero no hay razón alguna para pensar que los estudiosos que se quedan al margen de los debates de actualidad sean necesariamente más imparciales que otros en su examen de las cuestiones sociológicas.
Existe un nexo insoslayable entre el estudio de la sociología y las exigencias de la conciencia social. Nadie que tenga conocimientos sociológicos puede ser inconsciente de los

desigualdades que existen hoy en el mundo, la falta de justicia social en muchas situaciones sociales o las privaciones sufridas por millones de personas.

Sería extraño que los sociólogos no tomasen posición sobre las cuestiones prácticas, y sería tan ilógico como poco práctico intentar prohibirles que recurriesen a su conocimiento sociológico al hacerlo.

Guido Rovatti – "Entrevista Ploff.TV N.1"
abril – 2014

"Quizás no estamos buscando el camino y ese es el problema. En la medida en que uno no se siente buscando un camino, obviamente no se va a sentir perdido porque ¿por qué voy a estar perdido si ni siquiera sé a dónde quiero llegar?

Cada vez menos personas están pensando en cómo mejorar su ciudad, muchos menos cómo mejorar su provincia, muchísimos menos en cómo estar trabajando por lograr un país mejor, hablando de un continente o un mundo mejor. Y de alguna forma la justificación ideológica que tenemos para la inacción es "si cada cual hiciera lo suyo, pequeñito, y bien, ya con eso aportaría su granito de arena infinitesimal". Pero con un granito de arena infinitesimal no se cambia un enorme daño que se viene dando a escala masiva.

La concepción de Gramsci

dice CRISIS es aquel momento en donde lo viejo no termina de morir, pero lo nuevo no llega a nacer. Entonces, ese autor que pensaba tanto en el bloque ideológico hegemónico de cómo usar un esquema transformador decía que la concepción es INTEGRAR a quienes estuviesen planteándose modificaciones en posiciones claves de la construcción del sentido sobre la propia realidad. Pero para poder proponer el cambio, debemos poder sentirnos dueños del cambio. Y la enajenación que una misma forma de producción de realidad en forma alienada nos hace creer que lo que producimos no nos es nuestro, no depende de nosotros lo que producimos.

Henry David Thoreau
(Laguna de Walden ≅ 1845/6)

"La ansiedad, el esfuerzo y el cuidado infinitos de algunas personas es una forma de enfermedad en extremo incurable. Una simple cuenta matemática los podría sacar del error, porque la vida de cada hombre tiene, al fin y al cabo, una integridad épica, y la Naturaleza se ajusta ella misma tanto a nuestras debilidades y deficiencias como a nuestros talentos.

Sin duda es indispensable que hagamos *nuestro* trabajo entre un sol y el siguiente, pero sólo un hombre sabio sabría lo que eso significa. Y así cuántas tareas quedan sin hacer, dejadas para el día siguiente; y sin embargo el sistema sigue adelante!

Normalmente presumimos de poder cuidarnos a nosotros mismos, y de confiar lo menos posible. Alertas, poco más, poco menos, durante todos nuestros días, decimos nuestras plegarias por las noches y nos encomendamos a incertidumbres, como si durante la mayor parte del día y en nuestros momentos de mayor vigilia ya no fuera necesario creer. Cómo pintan los cielos por nosotros la serenidad, la ansiedad, la confianza y el miedo.

Todas las leyes de la naturaleza tomarán la forma y se adaptarán por sí mismas al más mínimo movimiento del hombre.

Todo cambio es un milagro que contemplar, pero es un milagro que está teniendo lugar sin ser observado a cada instante; cuando todo está listo ocurre, y sólo un milagro podría sostenerlo allí.

Somos empujados a vivir tan completa y sinceramente, reflexionando ante cada uno de nuestros pasos, y reverenciando nuestra vida, que nunca hacemos lugar para posibles cambios.

Podemos renunciar al cuidado de nosotros mismos tanto como estemos dispuestos a concederlo."

«La paradoja de tomar desiciones»
↓
y no estar abiertos al cambio
↓
debemos permanecer Serena
↓
Sweet Chilled

Y SI TUVISTE
UN AÑO APASIONANTE,
¿A DÓNDE CARAJO
TE VAS EN ENERO?

Jardinería Humana
14/6/14

Julio 2014

"Uno de los retos del equilibrio del guerrero es hacer que el NAGUAL emerja por encima del TONAL."

Carlos Castaneda
RELATOS DE PODER

Read March 2014

_PLAYBOY: ¿Usted se psicoanaliza?

_DARÍN: Sí.

_PLAYBOY: ¿Y cómo le va?

_DARÍN: Muy bien. Yo creo que me ha hecho bien. El análisis me sirvió mucho para acomodar las cosas, para relajarme. Yo me entusiasmo mucho, no me entusiasmo a medias. A mí me preocupa, me ocupa hasta qué punto podemos cambiar el curso de los acontecimientos. La desidia, el desinterés. La terapia me ayudó a darme cuenta de que no hay nada que sea ajeno, de que formamos parte de un todo y, si no entramos en armonía con eso, lo pasamos mal. En mi caso –y espero no ofender con esto a ninguno de mis seres queridos–, sólo me queda la esperanza de tener felicidades esporádicas, específicas. Estoy invalidado para sentir una felicidad total, pese a que soy un tipo muy afortunado. No puedo divorciarme del entorno, hacer el viaje inverso, hacia el centro del ego. La lucha más dura que vengo llevando conmigo desde hace tiempo es ésa: inmunizarme contra la soberbia, la vanidad, el narcisismo. En este oficio, con mucha facilidad te hacen sentir que sos un fenómeno. Y la lucha es ésa: "No te la creas, tranquilo, no te vuelvas loco". Al mismo tiempo, como decía antes, tengo la sensación de que estoy muy en carne viva y eso desestabiliza a los que te rodean. Mi hija le dijo a mi mujer, en voz baja, hace cuatro o cinco años: "Mamá, a papá no lo dejes ver los noticieros porque llora". No es agradable para los que te quieren porque se dan cuenta de que algo raro pasa. Es que hay tanta injusticia, tanta estupidez filtrándose por la misma membrana por la que pasan las pequeñas felicidades personales... Resulta intolerable pensar en cómo vive un tipo de cuarenta años fuerte, capaz, con una familia e inhabilitado para trabajar en cualquier parte. El efecto dominó, el núcleo familiar conmocionado por ese drama evitable y esa humillación, esa sensación de falta de dignidad... Me obsesiona ese movimiento de péndulo, estar siempre oscilando entre lo que nos eleva y lo que nos minimiza. En fin, bueno, ahí andamos. — Ricardo Darín (Septiembre 06)

Junio - Julio 2014

"(...), el que no se pierde en la vida, ese es de verdad una esbelta dama. Observad a los que os rodean y veréis cómo andan perdidos por su vida; van como sonámbulos, dentro de su buena o mala suerte sin tener la más ligera sospecha de lo que les pasa. Los oiréis hablar en fórmulas taxativas sobre sí mismos y sobre su contorno, lo cual indicará que poseen ideas sobre todo ello. Pero si analizáis someramente esas ideas, notaréis que no reflejan mucho ni poco la realidad a que parecen referirse, y si ahondáis más en el análisis hallaréis que ni siquiera pretenden ajustarse a tal

"LA REBELION DE LAS MASAS"
José Ortega & Gasset
(≅ 1927)

Todo lo contrario: el individuo trata con ellas de interceptar su propia visión de lo real, de su vida misma.

Porque la vida es por lo pronto un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha, pero le aterra encontrarse cara a cara con esa terrible realidad, y procura ocultarla con un telón fantasmagórico donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus «ideas» no sean verdaderas; las emplea como trincheras para defenderse de su vida, como aspavientos para ahuyentar la realidad.

El hombre de cabeza clara es quien se liberta de esas «ideas» fantasmagóricas y mira de frente la vida, y se hace cargo de que todo en ella es problemático, y se siente perdido. Como esto es la pura verdad —a saber, que vivir es sentirse perdido—, el que lo acepta ya ha comenzado a encontrarse, ya ha comenzado a descubrir su auténtica realidad, ya está en lo firme. Instintivamente, lo mismo que el náufrago, buscará algo a que agarrarse, y esa mirada trágica perentoria, absolutamente vera porque se trata de salvarse, le hará ordenar el caos de su vida. Estas son las únicas ideas verdaderas: las ideas de los náufragos. Lo demás es retórica, postura, íntima farsa. El que no se siente de verdad perdido se pierde inexorablemente; es decir, no se encuentra jamás, no topa nunca con la propia realidad."

10/4/2010

10410

miedo al éxito (más frecuente de lo que uno piensa)

Once you realize todo lo que está ahí afuera
Todo lo que está ahí afuera, lo respirás!!!
Tenés que dejar de ver con los ojos.
¡Es en serio! When you close your eyes,
what do you see? Is reality still there?
No es lo que uno ve ahí afuera, sino todo lo
demás también, lo que percibís, lo que oís,
lo que olés, ¡lo que intuís tambien es real!
When you breathe... are your lungs filled
with reality? or what? Cuando te
ponés a pensar en
todo esto te das
cuenta que la única
manera cuerda de ver
esto es pensándolo
como energía.
There is SO MUCH
GOING ON
que la mente se
inventó maneras
de interpretar cosas
y dejarlas
prefijadas
los intercambios

PEOPLEA
RESTRE
ESSED

restrained mind
no hay flujo de energía
no hay cambio
uno se queda con lo que tiene
no se anima a cambiar
tiene miedo AL EXITO

¡y te entonces! monotonía, "estoy bien así" I CANT HANDLE THAT

NO podemos olvidarnos de todos los intercambios
que hay a nivel energético rodeando y
perforando nuestro cuerpo (q'
no es NADA, es materia rejuntada por
cambios de flujo de energías.
La evolución, es el viento. Nosotros
las dunas de arena que se van
formando. Don't be afraid, man!
BREACH THIS FAKE REALITY!!!

YOUR
NATU
REIS
MAKI
NGEN
ERGY
FLOW
TRUS
TINI
TDII
EINU

EL HÉROE

¿Qué es lo que pide? / Alguna tarea noble, / y no desistir / hasta que esté hecha / (...) / No perder la vida / por vivirla demasiado bien, / no escapar a la lucha / en la morada solitaria, / y así encontrar un cielo / por no conocer el infierno. / (...) / ocasión para obtener / y derramar lágrimas humanas, / y enfrentar todavía / miedos demoníacos. / (...) / Amar es saber, es sentir, es ser / (...) / - por placeres terrenales, / penas celestiales; / y pérdidas celestiales / por terrenales ganancias. / (...) / al pensar en su juventud, / en los meses que se fueron, / y en la verdad que hiberna.

Henry David Thoreau
(1845/6)
Lagunas de Walden

Leído
Julio
2014

23/9/2014 - Martes

Recién regreso de Córdoba; las implicancias del viaje fueron múltiples y profundas, me terminaron de definir como persona. Bah, ya era alguien, pero me faltaba transmutar. Fue literalmente como una metamorfosis. Acampé en el río Anisacate* y me hallé.

Siguen ahora, dos extractos que fueron sumamente claves para mí, que conseguí en una librería de libros usados al q' me llevó Aylén. El resto de la historia está en el cuaderno que me regaló Abby.

(lo que sigue es la Mettine y Agilda)

* al SO de Córdoba (36 km de Córdoba)

EUDEBA/*COLECCION LOS FUNDAMENTALES*

Julien Offray de La Mettrie (1709 – 1791) [74 years old]
→ 1ª PUBLICADO en (1748)
→ "Le 'homme machine'" en paris (1921)
en español (1961)
got to me at Córdoba 18/9/2014
(262 años desp de escrita)
100 años antes q' el manifiesto comunista

JULIEN OFFRAY DE LA METTRIE

EL HOMBRE MAQUINA

EUDEBA

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Título de la obra original:
L'homme machine
Editions Bossard, París, 1921

Traducida por
ÁNGEL J. CAPPELLETTI
Profesor en la Universidad del Litoral

© 1961 Editorial Universitaria de Buenos Aires - Florida 656
Fundada por la Universidad de Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

EL HOMBRE MÁQUINA

INTRODUCCIÓN

El hombre máquina, *de La Mettrie, es una de las obras más frecuentemente citadas y, sin duda, menos leídas por cuantos hoy polemizan sobre la filosofía materialista.*

Nunca, hasta ahora, ha sido traducida al español, ni son muy abundantes las versiones en otros idiomas europeos y aun las ediciones del texto original francés han sido, por cierto, poco frecuentes desde que, por orden de Federico II, se la dio a luz en Berlín junto con los otros escritos filosóficos del autor.

Pero la poderosa, casi brutal sugerencia del título ha bastado, es evidente, para colmar la imaginación, ya que no la inteligencia, de un vasto público intelectual.

De ahí la oportunidad de esta traducción que sólo pretende facilitar la lectura de una obra que muchos citan sin leer y otros querrían leer sin citar.

Julien Offray de La Mettrie nació en Saint-Malo el 25 de diciembre de 1709.

Su padre, que era comerciante, quiso añadir en él al brillo del dinero que poseía, el que por entonces podía brindar una buena educación literaria. De ahí que, después de haberlo hecho cursar sus años de gramática y humanidades en París y luego los de retórica en Caen, con la dirección de los jesuitas (igual que Voltaire y Condorcet), lo enviara luego de nuevo a París para proseguir allí sus

estudios de lógica y filosofía en el colegio de Plessis.

Este establecimiento estaba por aquella época en manos de jansenistas, como el abate Cordier, a cuyo rigorismo ético adhirió La Mettrie con fervor de adolescente, más deslumbrado, sin duda, por su elocuencia que consciente de su trascendencia práctica.

Es muy posible que hasta haya escrito un libro en favor de las ideas jansenistas, pero parece muy poco probable que alguna vez las llevara íntegramente a la práctica [1].

De cualquier manera, los estudios teológicos no se acomodaban a su carácter. Su amor por la variada y pletórica realidad del mundo corpóreo y su apego a la proximidad de lo sensible lo alejaron para siempre de la abstracción escolástica y de la fascinación del misterio.

El doctor Hunauld, un buen médico de Saint-Malo, le señaló su vocación: la medicina.

Con el propósito de estudiarla se dirigió a Reims, donde al cabo de dos cursos se graduó doctor cuando aún no había cumplido veinte años.

Esta somera preparación no le dejó, por supuesto, satisfecha la curiosidad ni el deseo de saber.

Por eso, después de algunos años de práctica profesional, decidió volver a las aulas universitarias, pero esta vez para escuchar a un maestro eminente: Boerhaave.

Este, que también, como La Mettrie, comenzó por los estudios teológicos, había llevado su crítica de la teología, y en especial del concepto de Dios, hasta el extremo, inadmisible por entonces aun dentro de las más liberales facultades de la Holanda

1 A. LANGE: *Historia del materialismo*, Madrid, 1903, pág. 368.

protestante, de coincidir casi plenamente con Spinoza.

Por tal causa se le cerraron prácticamente todos los caminos hacia la carrera sacerdotal y decidió dedicarse a la medicina.

En este terreno, al cual le inclinaban, como al mismo La Mettrie, sus mejores disposiciones, llegó a sobresalir hasta ser uno de los más grandes maestros de la época.

Y, aunque cierta prudencia, a la que se unía una no despreciable dosis de menosprecio, lo hizo abstenerse siempre en la cátedra y en el libro de toda discusión metafísica, su enseñanza general no podía menos de trasuntar un decidido naturalismo que, sin duda, debió de influir poderosamente en La Mettrie. Éste sintió siempre por Boerhaave una gran admiración y tradujo una serie de obras suyas, comenzando por el Tractatus medicus de lue aphrodisiaca (Tratado médico sobre la sífilis).

Después de su segundo período en las aulas universitarias de Leyden, regresó La Mettrie al nativo Saint-Malo.

Desde 1742 se le encuentra de nuevo en París como médico de la guardia del rey, cargo que, por intermedio del doctor Morand, le procura el duque de Gramont.

En condición de tal acompaña a las tropas en una campaña más allá del Rin.

Y, como Descartes en su tienda de campaña esboza las Meditaciones metafísicas, *así La Mettrie concibe también su teoría de las relaciones entre el alma y el cuerpo. Sólo que en el caso de Descartes no hubo sino unas largas veladas junto al fuego, mientras La Mettrie piensa y escribe después de una*

penosa enfermedad, la cual fue, sin duda, causa y ocasión de sus meditaciones.

De aquí surge la Histoire naturelle de l'âme *(1745), libro que provocó un gran escándalo, como consecuencia del cual su autor fue exonerado del cargo de médico militar.*

Como si esto fuera poco, el combativo espíritu de La Mettrie se empeñó en seguida en una encarnizada polémica con los representantes de la medicina oficial y los satirizó sin piedad en su Politique du médecin de Machiavel *(1746) y luego en una comedia titulada* La Faculté vengée *(1747).*

Esto colmó la medida y el médico filósofo tuvo que abandonar París ante el inminente peligro de ser recluido en la Bastilla.

Volvió de nuevo a Leyden y allí fue donde en 1748 publicó L'homme machine, *obra que a su vez había de colmar la medida de tolerancia de la libre Holanda.*

Los protestantes, divididos entre sí por mil teológicas controversias, se mostraron tan unánimes como los católicos en condenarla. Por mano del verdugo se la entregó a las llamas y su autor se vio de nuevo obligado a emigrar.

Con esto se hubiera encontrado entonces en una situación sumamente difícil si Federico el Grande no le hubiera ofrecido su hospitalidad.

Llegado a Berlín, lo nombró éste su lector, le concedió una generosa pensión y le abrió además las puertas de la Academia.

La familiaridad de La Mettrie con el soberano llegó a tanto que, según cuenta Thiebaut en sus Souvenirs d'un séjour à Berlín [2], *entraba cuando*

2 Cit. AD. FRANCK: *Dictionnaire des sciences philosophiques*, París, 1875, pág. 908.

quería en la alcoba de aquél, como si se tratara de un íntimo amigo, y se recostaba sin ningún reparo en los divanes.

Federico se complacía en la amistad de este hombre, a quien consideraba "enemigo de los médicos y buen médico; materialista, pero de ninguna manera material" [3].

A pesar de esto no tardó en encontrar dificultades también en Berlín.

En el mismo año de su llegada a la corte concluyó una traducción del De vita beata, *de Séneca, y la dio a luz en Potsdam, agregándole un escrito original, el* Anti-Sénèque, *en que refutaba las ideas morales del filósofo estoico.*

Esta obra, según el juicio de Maupertuis, podía desacreditar a la Academia de la que, como dijimos, formaba parte La Mettrie, por lo cual aquél, como presidente, lo reconviene y amonesta [4].

Desde ese momento muchos de sus compatriotas y colegas, librepensadores como él y casi todos como él perseguidos, comienzan a hostilizarlo.

A pesar de ello, no cesa La Mettrie en su actividad literaria y publica en seguida L'homme plante *(1748), continuación de* L'homme machine, Ouvrage de Pénelope *(1748), nueva sátira contra los médicos,* Réflexions philosophiques sur l'origine des animaux *(1750),* Les animaux plus que machines *(1751),* L'art de jouir *(1751),* La Vénus métaphysique ou Essai sur l'origine de l'âme humaine *(1752)*

3 Carta de Federico II a Maupertuis, cit. por PH. DAMIRON: *Mémoires pour servir à l'histoire de la philosophie au XVIIIe siècle*, París, 1858, pág. 9.

4 Cf. P. BRUNET: *Maupertuis. Étude biographique*, París, 1929, pág. 120.

y la Épître à mon esprit *(1774), son obras póstumas, escritas en los últimos meses de su vida.*

Además de conversar con el rey y componer sus obras, La Mettrie ejerció en la corte prusiana su profesión médica, con mucho éxito según parece, a pesar de lo que dice Voltaire[5].

Uno de sus triunfos profesionales, el que logró con el embajador inglés lord Turconnel, le fue fatal. Agasajado por su diplomático cliente con un banquete, La Mettrie, que no despreciaba por cierto los placeres de la mesa, se excedió al parecer con un pâté *de águila preparado con trufas al modo de faisán, se indigestó gravemente y murió el 11 de noviembre de 1751.*

Este género de muerte fue muy del gusto de sus enemigos y los apologistas triviales de la fe cristiana agregaron un caso más al edificante tratado De mortibus persecutorum.

Pero aparte de éstos y de sus colegas enemigos, los médicos ortodoxos, de quienes no pueden extrañarnos las más extremadas diatribas, la memoria de La Mettrie fue casi inexplicablemente menoscabada por muchos hombres cuyas ideas eran muy similares a las suyas. Tal es el caso de Maupertuis, de Voltaire, de Diderot, de Helvetius y del mismo D'Holbach[6].

El único que se creyó obligado a rendir tributo a sus méritos de hombre y de escritor fue Federico

[5] Voltaire pretende que La Mettrie, aunque muy enterado de la teoría médica, era "el menos hábil de la tierra en la práctica" y que por eso "gracias a Dios no practicaba" (Cf. DAMIRON: *op. cit.*, pág. 3).

[6] Cf. M. SOLOVINE: *L'homme machine* (Introducción), París, 1921, pág. 37.

el Grande, quien compuso un Elogio, *leído en el acto del sepelio de La Mettrie.*

Después, sólo el silencio de unos y el desdén genérico y aprioristico de otros rodean la obra del médico filósofo.

Los pocos que se atreven a estudiarla, como Damiron, lo hacen en función de meros memorialistas y poniendo siempre sumo cuidado en disculparse ante los lectores por acercarlos a un autor que ha de provocarles "un movimiento de sorpresa y a la vez de repugnancia"[7].

Hay que llegar hasta Marx y Engels para oír algún juicio elogioso sobre La Mettrie.

Pero ya hacia fines del pasado siglo algún historiador que, como Lange, no estaba, por cierto, doctrinariamente comprometido con el materialismo, se esforzó por hacerle justicia, a fuer de historiador y de filósofo.

Hoy lo que más interesa es situar históricamente su pensamiento y poner en claro sus orígenes y peculiar desarrollo.

En El hombre máquina, *La Mettrie se propone un tema esencialmente antropológico: las relaciones del alma con el cuerpo.*

De hecho, todo su filosofar gira en torno del mismo objeto.

A diferencia de D'Holbach, que se preocupa por establecer ante todo el verdadero "sistema de la naturaleza", La Mettrie comienza y acaba con el hombre.

Si D'Holbach es un físico, La Mettrie es un médico.

Y, como médico, quiere averiguar qué es el alma,

[7] PH. DAMIRON: *op. cit.*, pág. 1.

de la cual tanto se han ocupado los teólogos y tanto han disputado los filósofos.

Todos los sistemas de éstos se reducen para él a dos: el primero y más antiguo es el materialismo, y el segundo el espiritualismo.

En cuanto sistemas a priori, La Mettrie se aparta de ambos.

Los materialistas, que atribuyen a la materia la capacidad de pensar, no se han equivocado, simplemente se han expresado mal. En efecto, afirmar que la materia en sí misma puede pensar equivale a afirmar que la materia no es materia (conforme al concepto clásico, naturalmente).

Leibniz y sus discípulos, en un supremo esfuerzo racionalista, llegan a reducir la materia al alma, puesto que la conciben como formada por "mónadas", realidad que en sí misma no es material, sino espiritual. Auspician así un reduccionismo de lo inmediato a lo mediato.

Descartes y sus discípulos, como el padre Malebranche, parten de la afirmación de una doble sustancia. Evitan así las dificultades del reduccionismo a priori, pero caen, en cambio, en las más graves del dualismo.

En realidad, los más prudentes han sido aquellos que, asumiendo una actitud escéptica frente a las especulaciones metafísicas, han afirmado que sólo por las luces de la fe se podía conocer algo sobre el alma.

De esta manera La Mettrie, aunque parezca extraño, prefiere la actitud del escepticismo fideísta al modo de Pascal, Sánchez o Charrón, antes que la del racionalismo metafísico del siglo XVII.

Esta preferencia, sin embargo, sólo significa un momento en su raciocinio. Para él la actitud fideísta misma debe resolverse en una actitud empirista.

En efecto, ¿quién puede decirme cuál es el contenido de la fe sino la experiencia? ¿Cómo puedo saber cuál es el contenido de la Revelación sino por el testimonio de los sentidos? Si Dios existe, Él es autor tanto de la Revelación como de la Naturaleza. La una no puede contradecir a la otra. Conozcamos, pues, la Naturaleza y conoceremos también la Revelación. Pero la Naturaleza sólo se puede conocer por la aplicación constante y metódica de los sentidos, esto es, por la observación y por la experiencia.

Ahora bien, esto es lo que con respecto a la naturaleza humana hacen los médicos. Por consiguiente, los únicos verdaderos filósofos a este respecto son los que practican y estudian la medicina, no aquellos que, guiados por principios a priori, razonan, ajenos a toda observación, sobre la esencia y las facultades del alma.

En este camino La Mettrie había producido ya, antes que El hombre máquina, *un tratado sobre el alma concebido al modo de una "historia natural"* (Histoire naturelle de l'âme).

Como empirista y naturalista que es, La Mettrie asume una actitud claramente antihistórica. Admira a los grandes filósofos que lo precedieron, pero considera inútiles sus obras e inútil el trabajo mismo de estudiarlas.

"Sólo la experiencia y la observación pueden guiarnos aquí." Tanto más cuanto que esta máquina que es el hombre resulta extraordinariamente compleja.

Así, pues, rechazando por un lado la especulación metafísica y por el otro la tradición histórica, se aplica a enumerar más o menos ordenadamente sus observaciones sobre el tema.

Su método es, por consiguiente, el de un perfecto empirista al estilo de Locke, y si las consecuencias a las cuales arriba van más allá de las de Locke o las de Voltaire, hasta configurar un verdadero materialismo antropológico, esto se debe exclusivamente al hecho de que La Mettrie, a diferencia de aquéllos, no permitió que se interpusiera en el camino de sus investigaciones ninguna consideración de orden religioso, ético o político, con lo cual su pensamiento aparece como más lógico o, por lo menos, como más valiente. No de otra manera Spinoza llegó a su noción de la única sustancia como ens a se, *mientras Descartes se detuvo, temeroso, en un dualismo que no se aviene bien con su propia definición de la sustancia.*

Con especial cuidado (casi diríamos con fruición de clínico experto) va enumerando La Mettrie los diferentes fenómenos somáticos como causa de los distintos fenómenos psíquicos.

El hombre es lo que come. Las enfermedades modifican su vida psíquica. Ésta varía según el sexo y según la edad, según la herencia y según el clima. La fisionomía nos revela toda la conformación del alma y del espíritu. Nuestra inteligencia depende sólo de la constitución física del cerebro (de su cantidad y de su calidad).

De manera que entre el hombre y los animales se da sólo una diferencia de grado, y no absolutamente una diferencia de naturaleza.

Como los animales, por su parte, según lo ha demostrado Descartes, sólo son mecanismos más o menos complejos, máquinas más o menos sutilmente montadas, resulta evidente que el hombre tampoco puede ser sino una máquina.

¿Qué es, por consiguiente, el alma? Fiel a su mé-

todo, La Mettrie se niega a definirla a priori. No podemos definir la materia ni el movimiento; ¿cómo podríamos entonces definir el alma?

Es necesario confesar nuestra ignorancia respecto del modo como la materia pasa de su estado inorgánico al estado de materia viviente. Lo único que la observación nos permite inferir es la existencia de un principio motor en los seres vivos.

Pero nada nos hace suponer en la experiencia que este principio motor sea algo esencialmente distinto del cuerpo, algo más que una propiedad de éste, algo diferente del resorte principal de la máquina.

Nada nos permite afirmar tampoco que este principio sea inmortal, así como nada nos permite en el Universo afirmar con certeza la existencia de Dios.

En ninguno de estos casos, sin embargo, La Mettrie pretende hacer afirmaciones absolutas. Se conforma con señalar probabilidades.

Su actitud gnoseológica participa, según él mismo lo confiesa, del escepticismo. Sólo que, a diferencia de los puros pirrónicos antiguos y modernos, admite la posibilidad de arribar mediante la observación y el experimento a ciertas soluciones probables, aun sobre los problemas máximos de la metafísica.

No tiene inconvenientes, al tratar del alma, en partir del planteamiento aristotélico, común en las escuelas de la época: un análisis de los mismos términos de la definición peripatética, conducido sobre las bases del empirismo, le permitirá demostrar, a su juicio, que la forma del cuerpo sólo puede ser entendida como propiedad o cualidad del cuerpo.

Tampoco elude la hipótesis de un ente supremo, ordenador del Universo: revisando los argumentos

que tratan de demostrar su necesaria existencia, llega a la conclusión de que, en rigor, nada demuestran.

Se inclina, por consiguiente, hacia el ateísmo como tesis más probada, pero tampoco lo acepta como verdad definitivamente adquirida.

Si es cierto, pues, lo que dice Abbagnano, que en el materialismo francés del siglo XVIII *hubo mucho de religioso* [8], *esto deberá aplicarse más bien al barón D'Holbach o a Diderot antes que a La Mettrie, cuya actitud frente al problema de Dios no tuvo nada de la religiosidad del ateo.*

Nunca se insistirá bastante en el carácter empírico y probabilista de su antropología y de su filosofía general.

Ello se podría demostrar a través de todas y de cada una de sus obras, pero en El hombre máquina *se hace más evidente que en ninguna.*

La misma teoría del conocimiento allí esbozada parece fundamentar los principios gnoseológicos que aplica. Conocer no es captar realidades universales, sino establecer similitudes entre los objetos sensibles.

Quien reduce las pretensiones de su ciencia a un mero establecer similitudes entre sensaciones, ¿puede acaso pretender la posesión de un saber definitivo?

Hasta su filosofía moral parece confirmarnos en este punto de vista. Al fin, el hombre, según La Mettrie, no ha sido hecho para conocer sino para ser dichoso. ¿Importa entonces mucho una ciencia inconmovible y eterna?

8 N. ABBAGNANO: *Storia della filosofia*, Turín, 1948, vol. II, pág. 368.

De ahí que, como bien lo ha hecho notar Solovine, "han cometido un grave error los historiadores de la filosofía cuando han dado al materialismo de La Mettrie un sentido objetivo y sustancialista" [9].

En realidad, si La Mettrie es materialista, lo es sólo como consecuencia de una actitud gnoseológica y metodológica que no le permite reconocer otra realidad más que aquella que sucesiva y no siempre firmemente le van revelando los sentidos.

ÁNGEL J. CAPPELLETTI.

No hace falta cambiar vos sólo el mundo. Cambiando vos mismo y viviendo a través del ejemplo (para contagiar a otros) se puede ir de lo local y luego trascender a lo global.

9 SOLOVINE: *op. cit.*, pág. 15.

ADVERTENCIA DEL IMPRESOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA

Causará quizás sorpresa que yo me haya atrevido a poner mi nombre en un libro tan osado como éste. No lo habría hecho, en verdad, si no hubiese creído que la religión se encuentra al abrigo de todas las tentativas que se hacen para demolerla y si hubiera podido convencerme de que otro editor no haría muy gustosamente lo que yo rehusara por principio de conciencia.

Comprendo que la prudencia exige que no se brinde a los flacos entendimientos ocasión de ser seducidos. Mas, aun teniendo en cuenta a estos tales, he visto en la primera lectura que nada había que temer por ellos.

¿Por qué estar tan atento y tan alerta en suprimir los argumentos contrarios a las ideas de la Divinidad y de la religión? ¿No puede eso hacer creer al pueblo que se lo embauca? Y desde el momento en que éste comienza a dudar, adiós convicción y, por consiguiente, adiós religión. ¿Qué medios, qué esperanza quedará ya de confundir a los irreligiosos si parece que se los teme? ¿Cómo reducirlos si, al par que se les prohíbe el uso de su razón, todo se reduce a declamar contra sus costumbres a tontas y a locas, sin averiguar si éstas merecen la misma censura que su manera de pensar?

Tal conducta da por ganada la causa a los incrédulos; éstos se burlan de una religión que nuestra

ignorancia quisiera irreconciliable con la filosofía: cantan victoria en sus reductos, que nuestra manera de combatir les hace creer inexpugnables.

Si la religión no resulta vencedora, culpa es de los malos autores que la defienden. Que los buenos tomen la pluma, que se muestren bien armados y la teología triunfará en alta lucha contra un rival tan débil.

Yo comparo a los ateos con esos gigantes que quisieron escalar los cielos: siempre tendrán el mismo destino.

He ahí lo que he considerado como un deber poner a la cabeza de este folletito para prevenir cualquier inquietud.

No me corresponde refutar lo que edito ni tampoco decir lo que siento sobre los raciocinios que se hallarán en este escrito. Los expertos verán fácilmente que no son sino dificultades que se presentan toda vez que se intenta explicar la unión del alma con el cuerpo. Si las consecuencias que el autor saca de allí son peligrosas, recuérdese que no tienen como fundamento sino una hipótesis. ¿Hace falta más para destruirlas?

Pero si me es permitido suponer aquello que no creo, aun cuando estas consecuencias fueran difíciles de demoler, no se tendría una ocasión más hermosa para lucirse. "Al vencer sin peligro se triunfa sin gloria."

El autor, a quien no conozco, me ha enviado su obra desde Berlín, rogándome solamente que le enviase seis ejemplares al domicilio del señor marqués d'Argens. Es imposible, por cierto, adoptar mejores precauciones para conservar el incógnito, pues estoy persuadido de que aun este domicilio es sólo una supercheria.

AL SEÑOR HALLER, PROFESOR DE MEDICINA EN GOTTINGA[1]

No es ésta una dedicatoria. Vos estáis muy por encima de todos los elogios que yo podría tributaros, y nada conozco que sea tan inútil y tan desabrido, fuera de los discursos académicos.

No es tampoco una exposición del nuevo método que he seguido para hacer revivir un tema trillado y remanido. Al menos le encontraréis este mérito; y juzgaréis, por lo demás, si vuestro discípulo y amigo ha coronado bien su carrera.

Quiero hablar del placer que he sentido al componer esta obra; mi propio yo y no mi libro os dedico a fin de iluminarme sobre la naturaleza de ese sublime deleite del estudio. Tal es el tema de este discurso.

No sería yo el primer escritor que, no teniendo nada que decir, para reparar la esterilidad de su imaginación hubiera tomado un ejemplo de allí donde jamás lo hubo.

Decidme, pues, dos veces hijo de Apolo, ilustre suizo, Fracástoro[2] *moderno, vos que sabéis al mismo tiempo entender y medir la Naturaleza, y lo que es más, sentirla, y lo que es más todavía, expresarla, sabio médico, poeta aún más grande, decidme por qué hechizos el estudio puede cambiar las horas en momentos; cuál es la naturaleza de esos placeres del espíritu, tan diferentes de los placeres vulgares . . .*

Pero la lectura de vuestras encantadoras poesías [2] *ha penetrado demasiado en mí como para que no intente expresar lo que me han inspirado.*

El hombre, considerado desde este punto de vista, nada tiene de extraño a mi tema.

El deleite de los sentidos, por más amable y caro que sea, por más elogios que le haya tributado la pluma evidentemente tan agradecida como delicada de un joven médico francés, no tolera más que un solo goce que es su tumba. Si el placer perfecto no lo mata definitivamente, le es preciso cierto tiempo para resucitar.

¡Cuán diversos son los recursos de los placeres del espíritu! Cuanto más se aproxima uno a la verdad, tanto más encantadora la encuentra. No solamente su goce aumenta los deseos, sino que se goza ya desde el momento en que se busca gozar. Se goza largo tiempo y sin embargo más rápidamente que el paso del relámpago.

¿Es de asombrarse si el deleite del espíritu resulta tan superior al de los sentidos cuanto el espíritu se sitúa por encima del cuerpo? ¿No es el espíritu el primero de los sentidos y como la reunión de todas las sensaciones? ¿No convergen allí todas, como otros tantos rayos en un centro que los origina?

No inquiramos más, pues, por qué invencibles hechizos un corazón al que inflama el amor a la verdad se halla de repente transportado, por así decirlo, a un mundo más bello, donde gusta placeres dignos de los dioses.

De todas las atracciones de la Naturaleza, la más fuerte, al menos para mí como para vos, querido Haller, es la de la filosofía.

¿Qué gloria más bella que la de ser conducido a

su templo por la razón y la sabiduría? ¿Qué conquista más halagadora que la de tener sujetos a todos los espíritus?

Pasemos revista a todos esos placeres desconocidos para las almas vulgares. ¿Qué belleza o qué magnitud no poseen? El tiempo, el espacio, el infinito, la tierra, el mar, el firmamento, todos los elementos, todas las ciencias, todas las artes, todo entra en este género de deleite. Excesivamente oprimido en los límites de un mundo, imagina un millón de ellos. La naturaleza entera es su alimento, y la imaginación su triunfo. Entremos en algunos detalles.

Ya la poesía o la pintura, ya la música o la arquitectura, el canto, la danza, etcétera, hacen gustar a los expertos placeres maravillosos.

Mirad a la Delbar (mujer de Pirón) en un palco de la Ópera, sucesivamente pálida y encarnada; se muestra mesurada con Rebel, se enternece con Ifigenia, es presa de furor con Rolando, etcétera. Todas las impresiones de la orquesta pasan sobre su rostro como sobre una tela. Sus ojos se endulzan, desfallecen, ríen o se arman de guerrero coraje. Se la toma por loca. No lo es, a menos que sea locura el sentir placer. No está sino penetrada de mil bellezas que se me escapan.

Voltaire no puede evitar el llanto ante su Mérope [4]*, pues siente el valor de la obra y de la actriz. Vos habéis leído sus escritos y, desgraciadamente para él, él no está en condición de leer los vuestros.*

¿En qué manos o en qué memoria no están? ¿Qué corazón hay tan duro que con ellos no se enternezca? ¿Cómo no se habían de trasmitir todos sus gustos? De ellos habla con entusiasmo.

Cuando un gran pintor —lo he visto con placer al leer días pasados el prefacio de Richardson [5]*—*

habla de la pintura, ¿qué elogios no le prodiga? Adora su arte, lo pone por encima de todo, duda casi de que se pueda ser feliz sin pintar. ¡Tan encantado está con su profesión!

¿Quién no ha tenido los mismos transportes que Escalígero o el padre Malebranche[6] al leer algunos bellos pasajes de los poetas trágicos griegos, ingleses, franceses o ciertas obras filosóficas? Nunca hubiera contado la señora Dacier con aquello que su marido le prometía, y que ella encontró cien veces más.

Si se siente una especie de entusiasmo en traducir y desarrollar los pensamientos ajenos, ¿qué será si se piensa por sí mismo? ¿Qué es esa generación, ese parto de ideas producido por el gusto de la Naturaleza y la búsqueda de lo verdadero? ¿Cómo pintar ese acto de la voluntad o de la memoria por el cual el alma en cierto modo se reproduce al juntar una idea con otro signo semejante para que de su semejanza, y como si fuera de su unión, nazca una tercera?

Admirad, pues, las obras de la Naturaleza: tal es su uniformidad, que éstas se producen casi todas de la misma manera.

Los placeres de los sentidos, mal regulados, pierden toda su vivacidad y no son ya placeres. Los del espíritu se les parecen en cierto aspecto: es preciso suspenderlos para aguzarlos.[7]

En fin, el estudio tiene sus éxtasis, como el amor. Si me es permitido decirlo, se trata de una catalepsia o inmovilidad del espíritu, tan deliciosamente embriagado por el objeto que lo fija y encanta, que parece separado por abstracción de su propio cuerpo y de todo lo que lo rodea para estar entero.

en lo que persigue. A fuerza de sentir, nada siente.

Tal es el placer que se experimenta tanto al buscar como al hallar la verdad.

Juzgad del poder de sus encantos por el éxtasis de Arquímedes: sabéis que le costó la vida[8]

Que los otros hombres se arrojen en medio del gentío para no conocerse o más bien para no aborrecerse: el sabio huye del gran mundo y busca la soledad. ¿Por qué no se complace sino consigo mismo o con quienes son semejantes a él? Porque su alma es un espejo fiel en el cual su justo amor propio halla provecho en contemplarse. Quien es virtuoso nada tiene que temer del conocimiento de sí, sino el agradable peligro de amarse.

Como a los ojos de un hombre que mirara la tierra desde lo alto de los cielos toda la grandeza de los otros hombres se desvanecería, los más soberbios palacios se cambiarían en cabañas y los más numerosos ejércitos se parecerían a un tropel de hormigas combatiendo por un grano con la más ridícula furia, así parecen las cosas a un sabio como vos. Se ríe de las vanas agitaciones de los hombres cuando una multitud de éstos llena la tierra de confusión y se atropella sin utilidad alguna, con lo que resulta natural que ninguno de ellos esté satisfecho.

¡De qué sublime manera comienza Pope[9] *su* Ensayo sobre el Hombre! *¡Qué pequeños resultan frente a él los grandes y los reyes!*

¡Oh, vos, menos mi maestro que mi amigo, que habéis recibido de la Naturaleza la misma fuerza intelectual que aquél, de la cual, ingrato, habéis abusado, de modo que no mereceríais sobresalir en las ciencias! Vos me habéis enseñado a reírme como

aquel gran poeta o más bien a lamentarme de los juguetes y bagatelas que ocupan seriamente a los monarcas. A vos os debo mi felicidad.

No, la conquista del mundo entero no equivale al placer del que gozá un filósofo en su gabinete, rodeado de mudos amigos que le dicen, empero, todo lo que desea escuchar.

Que Dios no me quite lo necesario y la salud es todo lo que le pido.

Con salud, mi corazón amará sin cansancio la vida. Con lo necesario, mi espíritu, contento, cultivará siempre la sabiduría.

Sí; el estudio es un placer de todas las edades, de todos los lugares, de todas las estaciones y de todos los momentos.

¿En quién no ha provocado Cicerón el ansia de hacer esa feliz experiencia? [10].

Diversión en la juventud, cuyas fogosas pasiones atempera: para gustarlo bien, me he visto obligado algunas veces a entregarme al amor.

El amor no atemoriza al sabio: éste sabe ligarlo todo y hacer resaltar todo el valor del uno por medio del otro.

Las nubes que oscurecen su pensamiento no lo tornan perezoso, no le indican sino el remedio que debe disiparlas. Por cierto que el sol no rechaza con mayor rapidez las de la atmósfera.

En la vejez, edad helada en la cual ya no se es apto ni para dar ni para recibir placeres, ¿qué mejor recurso que la lectura y la meditación?

¡Qué placer ver todos los días con los propios ojos y por las propias manos crecer y formarse una obra que encantará a los siglos futuros y aun a los propios contemporáneos! ¡Yo quisiera, me decía un

día un hombre cuya vanidad comenzaba a sentir el placer de ser autor, pasar la vida en ir de mi casa a casa del impresor. ¿No tenía razón?

Y cuando se reciben aplausos, ¿qué tierna madre estuvo nunca más encantada de haber hecho un hijo hermoso?

¿Para qué encarecer tanto los placeres del estudio? ¿Quién ignora que constituye un bien que no trae consigo el disgusto o las inquietudes de los otros bienes, un tesoro inagotable, el más seguro contraveneno del cruel hastío, que pasea y viaja con nosotros y, en una palabra, nos sigue a todas partes?

¡Feliz quien ha roto la cadena de todos sus prejuicios! Sólo él gustará este placer en toda su pureza, sólo él gozará de esa dulce tranquilidad del espíritu, de ese perfecto contentamiento de un alma fuerte y sin ambición, que es padre de la felicidad, si no la felicidad misma.

Detengámonos un momento a arrojar flores tras las huellas de esos grandes hombres a quienes Minerva ha coronado, como a vos, con una hiedra inmortal.

Aquí Flora os invita con Linneo a escalar por nuevos senderos la cumbre helada de los Alpes, para admirar sobre otra montaña de nieve un jardín plantado por las manos de la Naturaleza, jardín que fue en el pasado toda la heredad del célebre profesor sueco [11]. *Desde allí descendéis a esas praderas cuyas flores lo esperan para colocarse en un orden que parecían hasta entonces haber despreciado.*

Allí veo a Maupertuis, honra de la nación francesa, de la cual otra (nación) ha merecido gozar. Viene de la mesa de un amigo que es el más gran-

de de los reyes. ¿Adónde va? Al consejo de la Naturaleza, donde lo espera Newton [12].

¿Qué diré del químico, del geómetra, del físico, del mecánico, del anatomista, etc.? Éste siente casi tanto placer en examinar al hombre muerto como otro ha sentido en darle la vida.

Pero todo cede ante el gran arte de curar. El médico es el único filósofo que merece bien de su patria, se ha dicho antes de mí. Como los hermanos de Helena, aparece en las tempestades de la vida [13]. *¡Qué magia, qué encantamiento! Su sola vista calma la sangre, devuelve la paz a un alma agitada y hace renacer la dulce esperanza en el corazón de los desdichados mortales. Anuncia la vida y la muerte como un astrónomo predice un eclipse.*

Cada cual tiene su antorcha que lo ilumina. Pero si el espíritu ha sentido placer en hallar las reglas que lo guían, ¡qué triunfo —vos hacéis todos los días la feliz experiencia—, qué triunfo, cuando el éxito justifica la osadía!

La primera utilidad de las ciencias consiste, pues, en su mismo cultivo: éste es ya un bien real y sólido.

¡Feliz quien siente gusto por el estudio! ¡Más feliz quien por él llega a liberar al espíritu de sus ilusiones y al corazón de su vanidad; meta deseable a la cual habéis sido vos conducido en una edad aún tierna por las manos de la sabiduría, mientras tantos pedantes, después de medio siglo de vigilias y trabajos, más encorvados bajo el fardo de los prejuicios que bajo el del tiempo, parecen haberlo aprendido todo excepto a pensar! Ciencia rara, en verdad, sobre todo en los hombres de ciencia, y que, sin embargo, debería por lo menos ser el fruto de todas las otras.

A esta sola ciencia me he aplicado desde la infancia.

Juzgad, señor, si he tenido éxito. Y que este homenaje de mi amistad sea eternamente grato a la vuestra.

LA METTRIE.

¿Es éste el rayo de la Esencia Suprema
que se nos pinta tan luminoso?
¿Es éste el Espíritu que nos sobrevive?
Nace con nuestros sentidos, crece, se debi-
[lita como ellos:
¡Ay!, también ha de perecer.

VOLTAIRE [14]

No es suficiente que el sabio estudie la Naturaleza y la Verdad, debe atreverse a expresarla en beneficio del corto número de aquellos que quieren y pueden pensar; porque en cuanto a los otros, que voluntariamente son esclavos de los prejuicios, les es tan imposible alcanzar la verdad como a las ranas volar.

Reduzco a dos los sistemas de los filósofos sobre el alma del hombre. El primero, y el más antiguo, es el sistema del materialismo; el segundo, el del espiritualismo.

Los metafísicos que han insinuado que la materia bien podría tener la facultad de pensar no han deshonrado su razón. ¿Por qué? Pues porque tienen una ventaja (ya que aquí, realmente, lo es), en haberse expresado mal. En efecto, preguntarse si la materia puede pensar sin considerarla más que en sí misma, es preguntar si la materia puede señalar las horas. Se ve de antemano que hemos de evitar este escollo en el cual el señor Locke ha tenido la desgracia de naufragar.

Los leibnizianos, con sus mónadas, han sacado a luz una hipótesis ininteligible. Han espiritualizado la materia más bien que materializado el alma.

es una máquina y que no hay en el Universo más que una sola sustancia condiversas modificaciones.

No se trata aquí de una hipótesis edificada a fuerza de postulados y de suposiciones, no se trata de la obra del prejuicio ni aun de mi sola razón. Yo hubiera despreciado un guía al cual considero muy poco seguro si mis sentidos, llevando la antorcha, por así decirlo, no me hubieran decidido a seguirlo al paso que lo iban iluminando.

La experiencia me ha hablado, pues, en favor de la razón y de esta manera las he reunido a ambas.

Pero se ha debido notar que no me he permitido el razonamiento más vigoroso y más inmediatamente logrado sino después de una multitud de observaciones físicas que ningún hombre de ciencia pondrá en duda, y sólo a ellos reconozco por jueces de las consecuencias que de allí extraigo, al par que rechazo en esto a todo hombre con prejuicios que no es anatomista ni se atiene a la única filosofía que es aquí aceptable: la del cuerpo humano.

¿Qué han de poder contra un roble tan firme y sólido esas débiles cañas de la teología, de la metafísica y de las Escuelas; armas pueriles, semejantes a los floretes de nuestras salas, que bien pueden proporcionar el placer de la esgrima pero que nunca causan un rasguño al adversario? ¿Es preciso aclarar que me refiero a esas ideas hueras y triviales, a esos razonamientos trillados y lamentables que se levantarán sobre la pretendida incompatibilidad de dos sustancias que entre sí se tocan y se impulsan sin cesar, mientras permanezca la sombra del prejuicio o de la superstición sobre la Tierra?

He ahí mi sistema o, más bien, la verdad, si mucho no me engaño. Ésta es breve y simple: ¡Discuta ahora quien quiera!

NOTAS DE ANGEL J. CAPPELLETTI

[1] Albrecht von Haller, médico y naturalista suizo, nació en Berna, el 16 de octubre de 1708, y murió en la misma ciudad, el 12 de diciembre de 1777.

Fue aventajado discípulo de Boerhaave, se graduó de doctor en medicina en Leyden y más tarde enseñó botánica y anatomía en la Universidad de Gottinga. Entre sus obras médicas se cuentan: *Icones anatomicae* (Imágenes anatómicas), 1743-1750, y *Elementa phisiologiae corporis humani* (Elementos de fisiología del cuerpo humano), 1757, que puede considerarse como su trabajo más importante. Además dio a la luz una serie de investigaciones sobre anatomía normal y patológica, una monografía sobre la respiración y una obra de fisiología general titulada *De functionibus corporis humani praecipuarum partium* (Sobre las funciones de las principales partes del cuerpo humano), 1777.

Practicó ampliamente la disección y aun la vivisección en animales, según nos informa él mismo en el Prefacio de sus *Elementa phisiologiae corporis humani* (Elementos de fisiología del cuerpo humano), Venecia, 1768, pág. 14: *Cadavera humana incidi fere trecenta et quinquaginta, viva animalia numerosiora quam absque gloriae suspicione enumerare fas est* (He disecado casi trescientos cincuenta cadáveres humanos, y más animales vivos de lo que se puede contar sin caer en sospecha de vanagloria).

Sin embargo, la teoría de la preformación, que defendía, retardó el progreso de la naciente ciencia embriológica (Cf. V. ROBINSON, *Pathfinders in Medicine*; Nueva York, 1929, pág. 388).

Sus experiencias sobre la respiración significaron, en cambio, un notable paso adelante hacia la constitución de la física y la química biológicas.

Además completó con acierto las doctrinas de Harvey sobre la circulación de la sangre, formulando explicaciones que pueden considerarse definitivas.

No obstante esto, ninguna de tales positivas contribuciones a la ciencia médica fue lo que en su época lo hizo famoso, sino más bien su teoría sobre la excitabilidad, que constituye para él la cualidad específica de la materia viviente y que de ninguna manera puede reducirse a un complejo de fuerzas mecánicas o físicas. Su posición distaba mucho, por consiguiente, del mecanicismo, y de hecho puede ser considerado dentro de la filosofía natural de su época como un representante moderado del vitalismo.

Sus ideas filosóficas y religiosas tendían, aparte de esto, hacia el espiritualismo y la ortodoxia cristiana. Nada parece justificar entonces la entusiasta dedicatoria de La Mettrie (que ciertamente fue rechazada con indignación por Haller), si no es la sospecha, justificada en vista de las costumbres literarias de la época, de que aquél se hubiera colocado bajo la advocación de tan ilustre como piadoso personaje para excusar su propia osadía y para despistar así a las autoridades y al público en general (Cf. A. LANGE, *Historia del materialismo*, Madrid, 1903, vol. I, págs. 376-377).

[2] Girolamo Fracastoro nació en Verona en 1478 y falleció en Cafi el 8 de agosto de 1553.

Como muchos hombres de su época, fue un espíritu realmente enciclopédico, pues se ocupó no sólo de medicina sino también de física, de geología, de astronomía, de lógica y de matemáticas, además de cultivar la música y la poesía.

Estudió en Padua con Pietro Pomponazzi y luego enseñó allí mismo durante una breve temporada.

Como médico gozó en su tiempo de fama universal.

En 1530 publicó un poema latino dedicado al famoso humanista Bembo y titulado *Syphilis seu morbus gallicus* (Sífilis o el mal francés). En él describe la sintomatología y terapéutica de la sífilis, enfermedad que por entonces comenzaba a azotar las regiones del antiguo continente. *(Qui casus rerum varii, quae semina morbum / insuetum nec longa ulli per saecula visum / attulerint nostra qui tempestate per omnem / Europam partimque Asiae Lybiaeque per urbes / saeviit, in Latium vero per tristia bella / Gallorum irrupit nomenque a gente recepit / necnon et quae cura et opis quid comperit usus / magnaque in angustis hominum solartia rebus / et monstrata deum auxilia et data munera caeli / hinc canere et longe secretas quarere causas / aera per liquidum et vasti per sidera Olympi / incipiam...)* (Comenzaré desde

aquí a cantar y a inquirir a través del líquido aire y de los astros del amplio Olimpo muy escondidas causas: qué diversos azares, qué semillas trajeron esa enfermedad desconocida y por nadie vista durante largos siglos, la cual en nuestro tiempo produce estragos por toda Europa y parte de las ciudades de Asia y Africa e irrumpió en el Lacio por las lamentables guerras de los franceses y de este pueblo recibió el nombre, y asimismo cuál es su tratamiento y qué socorros han aportado la experiencia y el ingenio de los hombres, grandes en las dificultades, y qué remedios fueron indicados por los dioses y qué ayudas otorgadas por el cielo.)

Además de esta obra, notable por la clara descripción de los hechos, escribió Fracastoro una serie de poemas reunidos en un *Carminum liber* (Libro de versos); dos diálogos de índole filosófica: *Fracastorius, sive de anima* (Fracastoro o sobre el alma), y *Naugerius, sive de poetica* (Naugerio o sobre la poética).

Fruto de sus estudios astronómicos es el libro titulado *Homocentrica, sive de stellis* (Homocéntrica o sobre las estrellas), 1538.

Pero su obra más importante desde el punto de vista de la historia de la ciencia es, sin duda, el tratado *De contagione et contagiosis* (Sobre el contagio y las enfermedades contagiosas), 1546, con el cual aparece como "el primero que definió claramente el contagio y las enfermedades contagiosas" (E. LONG, *A history of pathology*, Londres, 1928, pág. 58).

"En esos días anteriores al microscopio Fracastoro no hubiera podido hablar de bacterias vivientes, pero sus invisibles semillas de contagio *(semina contagiorum)* son capaces de multiplicarse, de penetrar y de infectar y corresponden, por consiguiente, a nuestros microorganismos", aclara V. Robinson *(The history of medicine*, Nueva York, 1931, pág. 276).

Su analogía entre infección y fermentación lo convierten, además, en uno de los predecesores de Pasteur. Por todo lo cual se entiende que, al elogiar el talento enciclopédico del médico Haller, La Mettrie lo llame "Fracastoro moderno".

[3] Aparte de sus trabajos científicos, Haller escribió una serie de novelas históricas —*Alfred König der Angelsachsen* (Alfredo, rey de los anglosajones), 1773, *Usong*, 1771, etc.—; algún ensayo de crítica literaria —*Versuch schweizerischer Gedichte* (Ensayo de la poesía suiza), 1732—; poemas didácticos —*Vom Ursprung des Uebels* (Sobre el origen del mal),

1734— y además una colección de poesías líricas *(Gedichte)* vertidas a varios idiomas europeos, aunque nunca, por lo que pudimos averiguar, al español.

4 "*Mérope* (1743) ha pasado durante mucho tiempo por ser la pieza más regular de Voltaire. Formaba parte del *teatro clásico*. El tema había sido tratado en Italia por Maffei, con quien Voltaire cambió interesantes cartas, y ha sido retomado por Alfieri" (CH. M. DES GRANGES: *Histoire illustrée de la littérature française des origines à 1930*, París, 1947, pág. 656).

Puede decirse que se trata de la tragedia del amor materno. Su estreno constituyó uno de los mayores triunfos teatrales de Voltaire, que tuvo que salir a saludar al público. Fue representada con gran acierto por la señora Dumesnil (Cf. L. CLARETIE, *Historia de la literatura francesa*, Bs. Aires, 1945, t. II, pág. 35).

5 Jonathan Richardson, escritor y pintor inglés, nació en Londres, en 1665, y murió en Bloomsburg, el 28 de mayo de 1745.

Estudió pintura con John Riley, retratista notablemente influido por el estilo de Van Dyck. Siguiendo las huellas de su maestro, llegó a ser famoso por sus retratos. Entre ellos sobresalen los de Milton, Newton y Pope, así como un autorretrato.

Su estilo es correcto, minuciosamente verista, y bastante desprovisto de calor.

Dejó una colección de poesías y algunos ensayos de crítica y erudición literarias *(Explanatory notes and remarks on Milton's Paradise love)*, pero se le conoce, sobre todo, por sus escritos sobre arte y pintura. Entre éstos se cuentan *Essay on the theory of painting* (1715), al cual se refiere La Mettrie; *An argument in behalf of the Science of Connoiseur* (1719) y *An essay on the whole art of criticism in relation to painting*, obras todas de cierta significación en la historia de la crítica artística aunque, como advierte Lionello Venturi *(Historia de la crítica del arte*, Bs. Aires, 1949, pág. 133), "son más una advertencia de las más serias sobre la situación de la crítica continental que un aporte de ideas nuevas".

6 Resulta casi superfluo ponderar el entusiasmo que los poetas griegos y latinos suscitaron en el célebre humanista Escalígero. En cuanto al padre Malebranche, baste recordar que, como miembro de la Congregación del Oratorio, estaba

ampliamente imbuido de la tradición humanística de ella e íntimamente familiarizado con los poetas antiguos.

7 Surge aquí una contradicción entre esta idea de La Mettrie y el pensamiento de Demócrito, según el cual los placeres del espíritu, y entre ellos la contemplación de la belleza, no reconocen límites. De esta manera "el padre del materialismo" se aproxima a Aristóteles y a Kant más que a los materialistas (Cf. *Democrates* 38). Para La Mettrie un solo grano de opio produce más placer que todos los tratados de filosofía *(Discours sur la bouheur ou Anti-Sénèque)*.

8 Arquímedes, el célebre matemático y físico griego que nació en Siracusa hacia el año 287 a. C., aunque vivió durante mucho tiempo en Alejandría, capital intelectual del helenismo, volvió a su ciudad natal, y desempeñó un papel importantísimo en su defensa cuando los romanos, capitaneados por Marcelo, la sitiaron (212 a. C.). En tales circunstancias, se dice que, al entrar los enemigos en la ciudad, sumergido como estaba Arquímedes en sus estudios, se olvidó de huir y fue muerto por un soldado romano. Puede ser considerado como el verdadero fundador de la física experimental (Cf. F. SUSEMIHL, *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, Leipzig, 1892, t. II, págs. 723 y sigs.).

9 El *Essay on Man* de Pope comienza así: *Awake my St. John! leave all meaner things / To low ambition and the pride of Kings. / Let us (since life can little more supply / Than just to look about us and to die) / Expatriate free o'er all this scene of man.* (¡Despierta mi Saint John! Deja todas las vulgares cosas / a la baja ambición y orgullo de los reyes. / Discurramos libremente [ya que la vida puede brindarnos / un poco más tiempo que el estrictamente necesario para mirar en torno y morir] / por todo este vasto escenario del hombre.)

10 Muy pocos hombres gozaron en la antigüedad tan profundamente de los placeres intelectuales como el celebre orador romano, quien, a pesar de sus operaciones en el foro y de su tempestuosa actuación política, fue, sobre todo, un sibarita del espíritu.

11 La Mettrie alude aquí, sin duda, a la expedición científica que, por encargo de la Academia sueca de Ciencias, realizó Linneo a Laponia (1732). Como fruto de, dicha expedición publicó su *Flora laponica* (1737).

12 Maupertuis fue un entusiasta divulgador de la física

de Newton al igual que Voltaire. Pero como, por otra parte, era (a diferencia de este último) un investigador científico, logró con sus propios trabajos (las mediciones que realizó en Laponia junto con Clairant) probar de manera decisiva algunas ideas de Newton (el aplanamiento polar). (Cf. A. KISTNER, *Historia de la física*, Barcelona, 1934, págs. 161-162.)

[13] Helena era, según el mito griego, hija de Zeus y de Leda, y hermana de Cástor y Pólux (Dióscuros).

Estos eran invocados por los antiguos como "salvadores" (σωτῆρες) durante las tormentas y tempestades, sobre todo en el mar, donde aparecían como fuegos de San Telmo. Se los representaba en general como jinetes en blancos caballos. Cuando Idas mató a Cástor, su hermano Pólux pidió a Zeus que no lo separase de él y que le consintiera vivir alternativamente un día en el Olimpo y otro en el Hades.

[14] Con respecto a la naturaleza del alma, Voltaire asume una actitud muy semejante a la de La Mettrie.

No sabemos qué es el alma, dice. Lo único que podemos conocer son sus manifestaciones y de ellas no se deduce, en modo alguno, que sea inmortal. Más aún, todas las verosimilitudes parecen indicar lo contrario. (Cf. LABRIOLA, *Voltaire*, Bs. Aires, 1944, págs. 91-92.)

[15] Noël-Antoine Pluche nació en Reims, en 1688, y murió en La Varenne, Saint-Maur, en 1761. Después de ordenarse de presbítero, se lo nombró director del colegio de Laon, cargo del que tuvo luego que alejarse por haberse rehusado a aceptar la bula *Unigenitus*. Era, en efecto, ferviente jansenista.

Dejó algunos trabajos teológicos como *Harmonia des Psaumes et de l'Évangile* (1764), que incluye una serie de notas exegético-críticas.

Como fruto de su labor pedagógica publicó una *Mécanique des langues et art de les enseigner* (1751).

Pero la más importante de sus obras es un enorme tratado de ciencias fisiconaturales en nueve volúmenes, que en su época pudo ser ameno, aunque nunca se excusara de difuso, cuyo título es *La nature ou Entretiens sur l'histoire naturelle et les sciences* (1732). Allí, con celo infatigable y abrumadora monotonía, acumula pruebas de la bondad, de la sabiduría y de la providencia divinas, afán apologético tanto más explicable cuanto más numerosos iban siendo por entonces los librepensadores y tanto menos eficaz cuanto más agudos e ingeniosos solían éstos mostrarse.

La Mettrie, atendiendo quizás al espíritu jansenista del autor, dice que su sistema tiene algo de fanático.

[16] Evangelista Torricelli, insigne físico y geómetra italiano, nació en las cercanías de Faenza (Modigliana), el 15 de octubre de 1608, y falleció el 25 de octubre de 1647, en Florencia.

Estudió en Roma con la dirección de B. Castelli, discípulo de Galileo, con tanto éxito y aprovechamiento que pronto se encontró entre sus mejores discípulos, por lo cual aquél lo relacionó con Galileo, de quien fue luego secretario y confidente. A la muerte de éste, lo sucedió en su cátedra.

Las obras geométricas de Torricelli son muchísimas (ocupan los dos primeros tomos de la edición de Loria y Vassura). Sin embargo, sus trabajos físicos son todavía más importantes (*De motu gravium naturaliter descendentium* [Sobre el movimiento de los cuerpos pesados que descienden naturalmente], *Lezioni academiche*, etc.).

Sus investigaciones sobre el cicloide y el sólido hiperbólico le valieron la admiración de Descartes y de Pascal, pero, en primer término, debe recordárselo como el fundador de la teoría sobre los movimientos de los líquidos (Cf. E. MACH, *Desarrollo de la mecánica*, Bs. Aires, 1949, pág. 342), pues, al comprobar que en las bombas el agua subía por la presión del aire exterior y no, como hasta entonces se suponía, por la atracción del vacío, echó las bases de esa rama de la dinámica.

También se dedicó al estudio de la balística, y por sus ideas sobre la circulación del aire puede considerárselo como un predecesor de la moderna meteorología.

Fue asimismo el primero que construyó un barómetro; y perfeccionó la técnica galileana de la fabricación de telescopios.

[17] Julio Cano, filósofo romano, vivió bajo el reinado de Calígula y fue miembro del patriciado. Hombre de vida austera, adepto de las doctrinas estoicas, sus valientes reproches a la conducta del tirano le valieron una condena a muerte que él aceptó con serenidad digna del alto ideal ético que profesaba. De esto da testimonio Séneca (*De tranquillitate animi*, XIV, 4-11): *Ludebat latrunculis, cum centurio agmen perituroram trahens illum quoque excitari iuberet. Vocatus*

Cuadernos de Cultura Cooperativa

COOPERACION

doctrina de armonía

por

Enrique Agilda

Ediciones INTERCOOP
FLORIDA 32 - Bs. Aires

Chicos:
(la SALIDA del capitalismo
la crean ustedes)

pero la "cooperacion" (y no el individualismo) es la clave

(y este pequeño libro les enseña como hacerlo)

Es propiedad
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

I

Introducción

Es muy grande el salto imaginario que habría que dar para trasladarnos desde esta sociedad, organizada sobre bases egoístas, a una sociedad afirmada en la cooperación integral con firmes bases económicas, morales y espirituales.

Siempre hemos de ver con simpatía los esfuerzos aislados —de personas o núcleos— que se realicen para lograr el progreso del ser humano, como integrante de una sociedad a la que se desea ver evolucionar. Las instituciones de cualquier tipo son una demostración de que el hombre aisladamente, o un grupo de hombres aislados de otros núcleos por intereses limitados, son capaces de realizar tareas en favor de sus semejantes. Es evidente que, al margen de sus tareas cotidianas, superando la órbita egoísta en que se desenvuelve, el hombre puede elevarse circunstancialmente y realizar acciones que demuestran su capacidad para la cooperación con otros seres, que es —sin duda alguna— la forma superior de trabajar en favor de sí mismo.

No sería posible quedarnos íntimamente en la sociedad egoísta y enfrentarnos con la cooperación pues, de inmediato, comenzaría el cotejo entre una y otra organización social y de este cotejo, hecho por mentes en las que ya es hábito el pensar

en forma individualista, saldría vencedora la doctrina de *bastarse a sí mismo* y la de derrotar a los semejantes para sentirse *triunfador*.

Todo estilo superior de convivencia debe analizarse introduciéndonos en un clima social distinto a éste que vivimos, para advertir otras razones que no juegan en la actualidad. ¿Por dónde habría que empezar para lograr un poco de esencia elevada, en este pesado y estrecho vivir sin horizontes, donde se frustran la fe, el amor, las esperanzas y los anhelos de cada uno; donde los esfuerzos deben ser dirigidos hacia el logro de cosas materiales, porque una constante prédica y un constante actuar en favor de la posesión de las cosas, ha hecho imposible el vuelo del pensamiento y la elevación de los móviles que generan la tarea cotidiana? El número, el cálculo de *"cuánto gano"* y *"cuánto tengo"* son las razones del diario trajinar. Se concibe la felicidad en la posesión y no en el aporte. ¡Si dar es la suprema razón del vivir! ¡Alcanzar la capacidad máxima para ofrendar cuanto nos sea posible! Si la razón del progreso radica en que cada hombre se esfuerce en ser superior a lo que es, para tender la mano a todo el que quiera alcanzar lo que él alcanzó; si la causa esencial de nuestra existencia es ser mejores para darnos mejor, concurriendo —en actitud sencilla y fraterna— al descubrimiento de comunes virtudes, de bienes comunes, que serán más valiosos cuando sean disfrutados por toda la comunidad.

Es preciso que se ilumine nuestro ser, para que nuestro existir sea luminoso y contribuya a alejar las sombras que envuelven a la humanidad. Mas,

¿quién nos podrá dar la luz que no hemos descubierto? Porque no es una luz prestada, venida de afuera, sino una luz interna la que deberá iluminar todos los instantes de nuestra vida, pues esa claridad interior nos es necesaria para todos los momentos, sean ellos de regocijo o de pena. Una luz prestada nos dará la ilusión de ver claro, pero quedaremos a oscuras cuando quién nos la prestó decida retirárnosla. Pero si, ante la presencia de un ser que tiene su propia lumbre, descubrimos la nuestra y si esa lumbre descubierta en nosotros acrece su llama como consecuencia del propio esfuerzo por alimentarla y si, al propio tiempo que acrece, brindamos nuestra lumbre para que en otros se encienda la propia, es seguro que alcanzaremos un triunfo —no sobre los demás— sino un verdadero triunfo sobre nuestra condición mezquina y sobre la mezquina enseñanza que la sociedad ha infiltrado en nuestro ser.

Es preciso, pues, romper con todas las normas equivocadas que han viciado nuestro razonamiento, porque nos las han venido enseñando desde la cuna, en el hogar y en la escuela, imponiéndonos la consigna de *luchar por la vida*, propia de animales inferiores, como si al venir al mundo no tuviéramos ya el supremo derecho de vivir sin tener que luchar contra nadie. Y entiéndase bien que decimos que no venimos a *luchar*, pero sí a trabajar, porque trabajo es el esfuerzo útil que engendra solidaridad, mientras la lucha es acción que presupone hostilidad, división, pelea.

La razón de nuestra existencia es la misma razón de la existencia del árbol: nacer y desarrollarse de la mejor manera, utilizando cuanto la

naturaleza prodiga con la necesaria abundancia para una integración armónica, sin que el pensamiento deba teñirse del temor de que el corazón y la mente de cada semejante están trabajando en contra nuestra y que, a nuestra vez, debamos actuar prevenidos contra alguien para sacarle alguna ventaja en favor nuestro. La desdichada situación del ser humano es que ha creado una sociedad en la que debe convivir con enemigos de su propia especie, considerándose, a su vez, enemigo de sus iguales. Si no fuéramos enemigos ¿a qué razones responden las matanzas entre hombres que habitan el mismo planeta, con necesidades comunes a todos, cuyas razones de vivir son similares, cuya presencia en la tierra responde a idénticas razones? Y esas matanzas son cosa corriente, que hemos aceptado como norma que no podemos superar, constituyendo —no obstante haberla aceptado— la comprobación más firme de nuestra irracionalidad y falta de progreso interior.

Las guerras nacen en el hogar y en la escuela y se afirman en los actos aparentemente pequeños de cada día. Las guerras se generan en cada individuo y se desarrollan socialmente por la suma de esa individual virulencia, como nacen en cada individuo los gérmenes de las dictaduras.

Si el hombre poseyera una amplia educación para la vida, si encontrara en el hogar y en la escuela los estímulos para que se desarrollaran en su interior sentimientos y pensamientos de convivencia armónica con sus semejantes, es seguro que habríamos eliminado en su nacimiento las guerras y las dictaduras, que son el fruto de frustraciones

y rencores, y éstas, además, el caldo de cultivo de las mayores aberraciones humanas.

Pero, ¿quién habrá de impartir esa educación en la escuela y quién lo hará en el hogar? Mientras el padre y la madre consideren que deben *defenderse* contra quienes también actúan en idéntico plano de lucha, peleando cada hora de cada día para no sucumbir, no podrán —aunque lo quisieran— ilustrar a sus hijos para una vida armónica porque, aunque la palabra lo dijera, el ejemplo circundante anula la prédica verbal. Y «con tanto la escuela sea dirigida por quienes, a su vez, tienen sólo una enseñanza académica, pero carecen de una moral y de un espíritu conducente a la armonía social, no podrá inculcar al niño lo que el niño necesita para vivir armónicamente con sus semejantes.»

Si presentamos este panorama oscuro del mundo, no es porque seamos pesimistas ni porque carezcamos de fe en el porvenir del ser humano y en su capacidad actual de realizar las mejores empresas, acordes con el hombre interior que aun no ha sido descubierto por cada uno de los integrantes de la sociedad.

Tenemos, por el contrario, una fe inmensa y trabajamos todos los días como si creyéramos que al día siguiente, podremos alcanzar lo que estimamos puede ser una nueva y mejor manera de convivir. Nuestra fe nace de la convicción de que el hombre posee un natural y propio espíritu de cooperación, que no ha podido desarrollarse por falta de estímulos ambientales. Ese espíritu de cooperación pugna por manifestarse y la sociedad —con sistemas colectivos y costumbres arraigadas por una

práctica aceptada como imposible de superar— gravita sobre cada uno de los seres, incapacitándolos para el desarrollo de sus propias posibilidades. La sociedad actúa como un monstruo que se adueña del individuo y lo aniquila en un mecanismo que se ha ido forjando como superestructura, a la que el hombre debe rendirse.

Aunque nuestra fe sea permanente y determine nuestros actos, no es posible dejar de conocer y ahondar en la realidad que nos circunda. Somos optimistas, pero consideremos que optimista no es el que cierra sus ojos y tapa sus oídos a la realidad. Optimista es el que sabe la realidad en que vive, tiene conocimiento de los aspectos negativos que impiden el progreso y, en razón de ese conocimiento, trabaja con fe inquebrantable y renovado empeño por superar esos males y ubicarse, en un tiempo imprevisible, en el medio a que aspira, al que llegará por una acción continuada y y creadora, no de imitación.

Creemos fervorosamente en el hombre.

Sabemos que el hombre tiene potencialmente todas las razones y las fuentes de armonía. Queremos que se busque, que se encuentre en lo que tiene de más trascendente, de más perdurable, y que deje de luchar contra sus hermanos, para trabajar con ellos en procura del bienestar común.

A posibilitar esa tarea tiende la práctica de la *cooperación,* que es —a nuestro juicio— *doctrina de armonía.* Su vigencia habrá de lograr un positivo triunfo cuando sean conjugadas simultáneamente sus bases económicas, morales y espirituales sin lo cual la práctica del cooperativismo es solamente un camino y no la cooperación misma.

Bases económicas de la cooperación

La cooperación como movimiento económico orgánico nació en Rochdale, en 1844, iniciado por veintiocho tejedores con un capital de una libra por accionista. Nació espontáneamente, sin alharaca, en forma humilde, como nacen o surgen de la entraña misma del pueblo, las ideas que no han sido impuestas. Un grupo de obreros, con plena conciencia de cuáles eran sus necesidades y comprobando la imposibilidad de nivelar los gastos con el monto de sus salarios, decidió darle valor a sus ingresos defendiéndolos con una organización común que les permitiría suprimir intermediarios. ¡Cuánta vigencia tiene esta actitud y qué ejemplar sigue siendo en la actualidad! Ya entonces pudo afirmarse que "la cooperación es la unión para hacer". Los hombres que suelen reunirse para ser fuertes e imponerse ya sea en las ideas, como en las exigencias, no tienen espíritu de cooperación. Los hombres aptos para la cooperación, no piden privilegios ni se imponen por la fuerza numérica, sino que se unen porque tienen la firme convicción, —que los hechos no desmienten— de que la capacidad de acción que cada individuo con espíritu de cooperación posee, se multiplica al unirse con otro individuo capaz de sumar su esfuerzo en un propósito común. La unión para la acción

—que es la base del cooperativismo— es la única que no anula al individuo, porque lo deja en plena libertad de sus posibilidades creadoras.

Aquellos obreros inspirados no pudieron suponer que, al correr de un siglo, habría en el mundo ciento sesenta millones de cooperadores organizados, según estadísticas existentes al comenzar la última guerra mundial.[1]

Esa verdad nacida entonces a la práctica social fué y sigue siendo un modelo en sus concepciones y sus métodos, en sus previsiones y sus alcances para todos los cooperativistas del mundo.

Sus bases económicas son universales. Después de más de cien años de ejercitarlas, ninguno de los que han estudiado y practicado fielmente los puntos de la reglamentación inicial han podido superar las normas indicadas por los iniciadores del experimento, que siguen siendo consideradas las *Reglas de oro de la cooperación.*[2]

Analicemos brevemente algunas de esas reglas.

Acceso libre a la sociedad, sin distinción de credos, razas, religiones o nacionalidades, es uno de los puntos cuya amplitud no puede ser superada. Es un modelo de concisión al expresarlo y de ilimitación en sus alcances.

Por esta cláusula inicial quienes buscaban la solución de sus problemas económicos admitían, de inmediato y sin reservas, la incorporación al grupo fundador de nuevos individuos necesitados de iguales soluciones, para lo cual sólo tenían en cuenta la libre voluntad de incorporarse no oponiendo ninguna traba a ese deseo.[3]

[1] En 1956, solamente los cooperadores organizados adheridos a la *Alianza Cooperativa Internacional* llegaba a 132.500.000.

[2] "Las reglas de la cooperación" figuran en la página 41.

Cada accionista tendrá un voto, cualquiera sea el número de acciones que haya suscripto o integrado, es otra de las prescripciones precisas y generosas de los enunciados iniciales. Es necesario señalar que lo importante del socio de una cooperativa es el socio mismo y no el capital que aporta, cuando se trata de las decisiones que a todos interesan. Esta definición revolucionaria en la sociedad capitalista, modifica el concepto de que el hombre vale por los bienes que posee o aporta a la sociedad. Los bienes representan un valor económico o práctico en sí mismos para lo cual existe una compensación económica, pero los aportes del ser humano no son medidos por bienes o valores ajenos al hombre mismo. La sociedad capitalista da valor al capital, que valoriza, a su vez, al hombre cualquiera sea la condición de éste. En la sociedad cooperativa el hombre —con sus valores esenciales en oportunidad de manifestarse— debe mostrarse despojado de los bienes materiales que posee circunstancialmente, pero brindarse plenamente en sus facultades creadoras y de acción.

Vale la pena destacar que ésa es la diferencia esencial entre sociedades cooperativas y sociedades anónimas: las primeras son asociaciones de personas y las segundas asociaciones de capitales. En las cooperativas todas las acciones son iguales —no hay acciones preferidas— y todas perciben igual interés compensatorio por el servicio que el

[3] Sobre alcances sociales de este proceso, pueden hacerse extensas y aleccionadoras consideraciones que, lamentablemente, escapan a la obligada síntesis de este trabajo.

capital presta proporcionalmente a la sociedad, sin darle a ese capital derechos especulativos.

Devolución de excedentes, en proporción al consumo o a la producción, según sea la cooperativa de una u otra condición, es otra de las normas impuestas en aquella oportunidad, cuya justicia ha sido posible afirmar en las numerosas experiencias realizadas y que se adapta a todo tipo de instituciones cooperativas. Este principio es el que determina que cada cual obtendrá un beneficio en proporción al esfuerzo realizado o a la concurrencia para obtenerlo, sin que tenga ninguna influencia —tampoco en este caso— el número de acciones que posea cada asociado.[4]

[1] *Ejemplo de cómo se determinan y distribuyen los* EXCEDENTES *en una cooperativa de consumo.*
La cooperativa compra mercaderías para distribuir entre sus socios por un valor de $ 100.—. Se estima que —en concepto de sueldos, energía eléctrica, teléfono, alquiler, gastos generales, etc.—, se invertirá el 15 % sobre el valor de compra. En consecuencia, la mercadería adquirida en $ 100.— se marca para distribuir o vender a $ 115.—, que se considera el precio de venta provisorio.
Finalizado el ejercicio económico, al hacer el balance se comprueba que se han gastado solamente $ 10.— por cada $ 100.— de compras, o sea que han sobrado $ 5.— m/n. de los cálculos previos. Esos $ 5.— m/n. sobrantes de cada $ 100.— de compras o de cada $ 115.— de ventas, se consideran el *excedente* que debe retornarse a los socios consumidores.
Si fuera posible —al marcar los precios de venta— conocer con exactitud cuánto se gastará en la distribución de la mercadería, se daría a cada artículo el precio exacto, sin *excedente.* Ante la imposibilidad de hacerlo, se creó la práctica de devolver lo que, con clara definición, se llama en el léxico cooperativista: *excedente.*
En el comercio privado ese *excedente* se acumula en beneficio del dueño del negocio, es decir que el propietario —además de la remuneración que ha percibido por su trabajo y que está involucrada en los gastos generales, sueldos, etc.— recibe ese *excedente,* que denomina *ganancia,* sin realizar tarea alguna.
En las cooperativas esa *ganancia* es considerada adelanto del socio consumidor o *excedente* de cálculos previos, que debe ser devuelto a sus verdaderos dueños que son los que adelantaron esos importes en previsión de gastos mayores.
Y ¿cómo se reparten esos *excedentes?* De la forma más equitativa: en proporción a lo que cada socio ha consumido. Es decir que si el socio A. hizo compras por valor de $ 115.— en el año, recibe $ 5.— de *"Retorno de Excedentes"* y al socio B, que compró $ 230.—, le corresponden $ 10.—.
Es admirable el cuidado puesto y la exactitud lograda en las definiciones. En el caso que comentamos, la denominación de *"Retorno de Excedentes"* no puede ser más precisa y cierta. Se *retorna* lo que se fijó de más en los cálculos previos, que fué siempre considerado propiedad del socio consumidor, por lo que resulta evidentemente un *excedente* de aquellos cálculos.
Este sistema distributivo se aplica a cooperativas de otro tipo, cambiándose algunas características que adecúan el sistema a la índole de la actividad que realiza la institución, pero siempre sobre la misma base equitativa y proporcionada al esfuerzo o aporte de cada asociado.

[5] En el caso de las cooperativas de consumo. Para las cooperativas de producción, el sistema es igualmente equitativo, pues los excedentes se distribuyen proporcionalmente a la producción o al trabajo realizado, siendo el sistema de adaptación fácil a cualquier tipo de sociedad cooperativa. Sin esa cláusula, no hay cooperativa en lo económico, pues carecería de justicia distributiva de los bienes obtenidos por el esfuerzo común.

Como puede apreciarse, estas disposiciones, comunes a todos los socios, tienen una base económica justa, sin preferencias ni distingos de ninguna clase, donde los hombres se unen para satisfacer una necesidad común, [5]cual es la de distribuirse entre sí —al menor costo posible— lo que cada cual necesita para el consumo propio y el de su familia. De esta manera, no habiendo quienes

tengan derechos especiales que le permitan ganar sobre la satisfacción de las necesidades de los demás, ni existiendo nadie que se beneficie personalmente con las *"ganancias"* al cierre del ejercicio económico, no cabe la posibilidad de engaño en el peso o medida de la mercadería que se distribuye, ni de un recargo excesivamente oneroso, ni de intensificar o promover ventas de artículos innecesarios.

Con estas bases fundamentales de la economía cooperativa, donde nadie medra sobre los demás, se comienza a comprender que es posible vivir armónicamente, ya que el problema del abastecimiento familiar es una necesidad común que puede ser atendida por todos sin perjuicio para nadie.

Tenemos, pues, en lo económico un pedestal sólido, un procedimiento justo, que elimina conflictos y procura soluciones por la vía de la comprensión solidaria, que hace posible el desarrollo de este sistema hasta el infinito.

III

Bases morales de la cooperación

Expresamos sucintamente las bases económicas, porque no es nuestro propósito hacer un estudio amplio del aspecto económico de la cooperación [6], sino simplemente presentar una visión panorámica de iniciación para un estudio más profundo por cada una de las personas que puedan interesarse por los resortes esenciales que sostienen esta doctrina. Por otra parte, entendemos que el aspecto económico es el aspecto transitorio, es el puente que hace pasar al individuo, sin violencia, de un sistema capitalista —con bases esencialmente económicas—, a una organización más avanzada que habrá de conducirnos a una realidad social en la que las comunes necesidades no se constituyan en fuentes de lucro personal; a que no nos hallemos especulando sobre qué precisa cada uno de nuestros semejantes para explotarlo y enriquecernos; ni que nos dediquemos a crear falsas necesidades por medio de propaganda interesada hasta que la gente llegue a pensar que

[6] El aspecto económico, su plena vigencia para un principio de armonía en la relación del trabajo y el capital —unidos realmente, en esfuerzo creador y de fecundos resultados— ha sido analizado por muchos autores, además de la elocuencia de los hechos que lo afirman. Bastará, para ello, remitirse a las realizaciones de las cooperativas en funcionamiento en todo el mundo.

necesita lo superfluo que se le ha impuesto interesadamente. Consideramos los aspectos económicos como etapas transitorias de un proceso evolutivo que nos conducirá a una convivencia integral, donde lo económico sea un medio y no un fin.

El sistema o estilo de relación que representa el cooperativismo es mucho más justo, más moral y más equitativo que el del capitalismo. El primero se halla basado en la compensación al esfuerzo, el segundo en la ganancia sin relación al esfuerzo.

No puede haber mayor aberración, con respecto a lo humanamente justo, que la situación del trabajador en la sociedad capitalista, en la que un solo individuo obtiene para sí tanta utilidad como la que pueden percibir diez personas en igual tiempo, que han estado dedicadas a producir lo que aquél ha negociado. Este aspecto inmoral de la economía capitalista es superado por la forma en que actúan los individuos y la incidencia estrictamente lógica que se le ha dado al capital en el régimen cooperativo. No obstante, todavía el movimiento cooperativo no ha alcanzado su plenitud, porque esa práctica justa de la distribución está circunscripta a reducidos núcleos, proporcionalmente a la población, pues si bien los frutos del trabajo organizado cooperativamente son repartidos en forma equitativa entre los que los producen, ese núcleo permanece todavía aislado del consumidor y debe vender su producción a sociedades o personas no organizadas en cooperativas y desvinculadas de los productores cooperativos. Es así que los directores de las cooperativas

de producción deben incursionar en el medio no cooperativo, entrando en la especulación al efectuar las ventas, debiendo tener en cuenta las fluctuaciones de precios, las oportunidades que la plaza ofrece, sacando el producto cooperativo de la esfera cooperativa para entrar abiertamente en la esfera de la especulación capitalista. Este sistema especulativo es tan contrario a la doctrina como lo es el individualista, porque con ese medio se busca solamente la consolidación de la propia cooperativa, sin tener en cuenta el perjuicio que esa consolidación ocasiona a los que no la integran.

Esta es la realidad actual: el egoísmo subsiste a pesar de la doctrina ideal que es sustentada por hombres imperfectos en sus pensamientos y en sus sentimientos, alejados esencialmente de la cooperación aunque militen y actúen dentro del cooperativismo. Es que las doctrinas son hermosas, pero los hombres encargados de aplicarlas padecemos una serie de trabas y prejuicios que nos impiden penetrar en ellas con toda la pureza y la convicción que requieren para su leal y exacto ejercicio. No es, desde luego, acomodando la doctrina ejemplar a las conveniencias de época y oportunidad viciadas del germen capitalista (preeminencia del capital sobre el hombre), sino utilizando un sistema adecuado a la consolidación de una verdad que rechaza la hegemonía del capital y la dependencia del hombre a ese mito inventado por él mismo para su propia destrucción, como avanzará la idea social que entraña el cooperativismo. Hay que entrar con firmeza —con ejemplos claros y prácticas rectas— dentro de un organismo social intoxi-

cado de egoísmos y promover una reacción permanente y benéfica de cada uno de los integrantes que lograrán, por la acción común y persistente, una transformación de la estructura social.

No es cooperativista, moralmente hablando, el que está simplemente inscripto en una sociedad cooperativa. Un hombre es cooperador cuando piensa cooperativámente, cuando los métodos de su acción individual tienden a consolidar un sistema que, en todos sus aspectos, es de plena armonía. La moralidad de la cooperación radica en que cada individuo advierta la presencia de un igual o par en cada ser humano con quien deba enfrentarse para una transacción en la que interviene el dinero —ya que el dinero todavía juega un rol importante en las relaciones sociales—; esa moralidad se sustenta en la mutua confianza de las partes que realizan esa transacción, se advierte en el concepto de justicia reclamado por la propia conciencia que nos señala cuando hemos actuado correctamente, aunque esa corrección no pueda ser circunstancialmente advertida por terceros y sea solamente controlada por nuestro propio pensamiento. La moralidad en el actuar cooperativo es una manera leal de convivir; es rechazar la especulación en medio de una sociedad especuladora; es haber despreciado las superfluas e impuestas necesidades para reconocer y afirmarse en las necesidades esenciales del hombre. Es, moralmente, una exigencia del cooperativista saber discernir con claridad cuáles son las cosas necesarias y cuáles las innecesarias para su natural vivir, porque sin esa concepción moral de la propia existencia jamás podremos ser cooperadores, pues

siempre pensaremos que la sociedad nos debe algo más que no tenemos y por cuya conquista lucharemos, aunque sea en perjuicio de la unidad social.

El sentido moral de la cooperación radica en la educación que el cooperativista va alcanzando, educación que le permitirá saber que, por mucho que posea el individuo, no podrá ser feliz mientras haya otros individuos que padezcan miserias o sufrimientos provenientes de la injusticia social.

El cooperativismo organizado tiene bienes comunes a todos los socios, cuya inversión puede ser legal desde el punto de vista de la sociedad capitalista, pero inmoral desde la posición cooperativista. Los recursos económicos de la sociedad no deben estar destinados a un fin lucrativo, con prescindencia del beneficio social que producen. Las inversiones deben ser para obras de bien colectivo. No se explicaría, por ejemplo, que una sociedad cooperativa dispusiera la colocación de sus reservas en una institución bancaria de tipo capitalista, aduciendo que la inversión es segura; o en títulos del Estado porque sobra el dinero en sus arcas y "no sabe en qué invertirlo", para que la entidad bancaria o el Estado los utilizara sustrayéndolas a la esfera cooperativista en que esas reservas deben actuar. La seguridad de la operación, en sí misma, no puede ser una razón cooperativa, pues las razones cooperativas tienen su mayor virtud en la inseguridad cuando se la coteja con la "virtud" capitalista, basada en la seguridad y la ganancia.

Enviar esos fondos a otras entidades no cooperativas, significará que el cooperativismo ya ha

realizado con dinero todas las obras posibles que el movimiento marca como imperativo de su doctrina, pero como —ciertamente— el campo del cooperativismo es de horizontes tan amplios, no cabe suponer siquiera que a una cooperativa le sobre nunca dinero para invertir en cédulas o títulos en un sistema económico que se trata de suplantar, porque se lo considera pernicioso para las correctas relaciones humanas.

El mismo pensamiento debe animar al socio de una entidad cooperativa. El dinero no ha de ser colocado en ella por el tipo de interés que rinda, aunque es lógico y moral que tenga su equitativa retribución como elemento promotor de nuevos bienes, sino por la finalidad de la inversión de los ahorros de todos y cada uno de los socios que habrá de realizar la cooperativa.

¿A qué vendría reunir las pequeñas reservas, los ahorros individuales en una cooperativa, si ella habrá de usar esa masa de dinero en las mismas especulaciones en que incurre el capitalismo o las va a entregar a terceras personas o instituciones, para que éstas las utilicen discrecionalmente, sin un sentido social, sin un sentido eminentemente cooperativo?

No hay moral de cooperación si no se sigue la trayectoria y el destino de los bienes producidos o reunidos cooperativamente hasta sus últimas instancias. En cualquiera de las etapas se quiebra la línea moral de la cooperación. Un producto realizado especulativamente, imponiéndolo al consumidor sin una necesidad cierta, o realizado por una organización en la que la explotación del hombre es evidente, no puede ser reivindicado dentro

de la moral cooperativa porque en posteriores etapas sea distribuído cooperativamente.[7]

Charles Gide en "La era del consumidor" señala que los productos a elaborarse para el consumo o uso de la población deben ser elegidos y determinada su producción por el propio consumidor. De esta manera habría verdadera libertad. Los artículos indicados por los productores no responden a una necesidad del consumidor, sino a una necesidad del productor que logra imponerlos finalmente al consumidor para obtener un resultado que lo beneficia. Si ese producto llega a favorecer también al consumidor, al productor no le interesa, ni entra esa posibilidad en sus cálculos, pues su punto de partida es hacia el logro de un resultado que a él, como productor, lo beneficie.

De manera que, una verdadera base moral de la cooperación, radicaría en esa elección inicial del producto a fabricarse como resultado de una cierta necesidad social, para pasar luego a la fabricación cooperativa sin explotación del trabajador que lo produce. exigiéndole una conciencia de elaborador correcto, que cumpliera su tarea como si de ese producto él mismo debiera ser el consumidor. Llegamos, entonces, a la segunda etapa que es la de la elaboración hecha con sentido de cooperación social. Si esa elaboración no se logra con la conciencia imprescindible por parte de quien la realiza, la línea de la cooperación se quiebra en esta etapa y todas las etapas sucesivas

---

[7] El caso de las coperativas de consumo, que distribuyen productos elaborados por empresas de sentido capitalista especulativo.

y las anteriores quedarían invalidadas por esta sola falla.

Cumplida, en cambio, esta etapa de la elaboración con responsabilidad cooperativa, llegamos a la distribución que debe serlo sin especulación, conforme a las necesidades de los consumidores, es decir que entraríamos en la distribución equitativa —de acuerdo a reales necesidades— del producto logrado por la concurrente tarea de quienes han considerado a los consumidores como parte de sí mismos, luego de haber sido determinada esa producción por quienes habrán de consumirlo.

Si, llegado el producto a la etapa de la distribución, entra en juego la escasez o abundancia circunstancial del mismo para determinar su precio de venta, es cierto que también se quiebra la línea moral de la cooperación que determina que el producto tiene un costo real y no un costo circunstancial, en el que inciden factores ajenos al proceso de elección y fabricaión del producto [8].

[8] PROCESO INTEGRAL DEL PRODUCTO: a) ELECCIÓN del artículo a producirse y oportunidad de la elección relacionada con condiciones generales de posibilidad de fabricación y urgencia en cotejo con otras necesidades. Esta elección debe partir de los propios consumidores. b) FABRICACIÓN Cooperativa, es decir con obreros organizados cooperativamente en lo económico y con conciencia clara de que el producto debe ser hecho con honradez cooperativa, es decir como para ser *consumido* por el mismo que lo *produce*. c) DISTRIBUCIÓN cooperativa, solicitado y entregado de acuerdo a reales necesidades de cada consumidor. Con este proceso integral, se cumple el ciclo cooperativo con plena incidencia en la moral individual, que modifica la moral y la conducta colectivas.

Al determinar los consumidores la conveniencia y oportunidad de fabricar los productos que ellos mismos habrán de consumir, se va regulando la producción sobre bases sociales que van desterrando la especulación, ya que la elección nace de los propios interesados en tener los bienes de consumo determinados por sus reales necesidades.

La revolución moral que produce este simple y claro planteo es extraordinaria, si somos capaces de advertir el caos en que nos encontramos merced a la supremacía y gravitación de la mente social especulativa que nos ha creado la sociedad capitalista, de cuyas intrincadas redes nos resulta tan difícil desprendernos. Es preciso salir de todos los moldes fijos, donde la *ganancia* es el dios que los integrantes de la sociedad capitalista adoramos, dentro de los cuales nos movemos creyendo hacerlo libremente y enarbolando como emblema la palabra libertad, que muy escaso significado tendrá mientras no alcancemos la liberación de prejuicios —como los expuestos— que nos tienen atados a rutinas negadoras del derecho humano, que es algo más valioso que disponer de algunos bienes personales a nuestro capricho.

No hay moral cooperativa si no hay trascendencia de círculo, si no hay concepto superior de la acción personal y colectiva, si esa moral es acomodaticia a las circunstancias y olvida —aunque sea esporádicamente— la razón esencial de la existencia del cooperativismo.

En la cooperación se reivindica la nobleza en la actividad diaria, el valor de la palabra empeñada, la confianza mutua. No hay posibilidad de que exista la cooperación si entre las partes —par-

tes circunstanciales que integran un todo— no ha desaparecido el antagonismo, si la palabra no se jerarquiza y es sustentada con el pensamiento recto y la acción ennoblecida. Cuando no se especula con la ignorancia de los demás, cuando se es leal a principios humanos esenciales, cuando se afirma la verdad permanente, y se quiere su triunfo por encima de todas las aparentes y circunstanciales conveniencias, cuando se *ama al prójimo como a sí mismo* y cuando se ama a sí mismo de la mejor manera, para que sea noble amar así al prójimo, es cuando la cooperación adquiere en el ser humano toda la fuerza moral que la anima.

Resumiendo, advertimos que la cooperación es sólo alcanzable con el verdadero auto-control de cada individuo que quiera ser parte y no eje o conductor. La cooperación se cumple sobre la suma de partes que hacen a la eficiencia del movimiento. Querer constituirse en eje, en conductor del movimiento cooperativo, en imprescindible dirigente, es negar abiertamente el sentido de la cooperación. El hombre que aspira a ser un buen cooperador, debe realizar —ante todo— un severo análisis de sí mismo, una constante depuración de sus métodos sociales, de su vida de relación, de su conducta. El cooperador posible ha de ser un inflexible juez de sus pensamientos y sus sentimientos, y ha de estar siempre en abierta lucha consigo mismo, conscientemente, para barrer de su interior todo vestigio de pensamiento egoísta que se halle en lo recóndito de la subconciencia, para eliminar las raíces de una moral especulativa y poder, luego, actuar libre y eficazmente en firme actitud cooperativista.

De la misma manera que los edificos están constituídos por una superposición de pequeños ladrillos que, uno a uno, nada significarían, así se va constituyendo la moral individual del cooperativista, que luego contribuirá a la formación de la moral colectiva de la cooperación. Cada acción de cada día va proyectando y realizando el "edificio" que es el cooperador. Es rechazando lo innoble, lo especulativo, segundo a segundo del diario pensar y del diario actuar como se va consolidando la moral individual del cooperador. Es en una serie de renunciamientos que, en el primer momento, se consideran pérdidas porque estamos habituados a cargar con hábitos y cosas innecesarias, pues —en definitiva— esos renunciamientos no son tales, si no más bien rompimientos de cadenas que nos han estado inhibiendo para actuar armónicamente con nuestros semejantes.

Sin ese sentido de la superación personal no hay cooperadores posibles y sin cooperadores no hay cooperación. De nada vale la prédica, si quien predica no está vigilante y en constante enseñanza de sí, en permanente preocupación por superarse, en continua tarea de perfeccionamiento íntimo.

Ese volver la mirada hacia sí mismo, que pudiera parecer egoísta no lo es. Por el contrario, siendo parte de un todo que deseamos perfeccionar, debemos perfeccionarnos. Si el organismo social está constituído por individuos, poco cuesta comprender que ese organismo habrá de mejorarse en la medida en que se mejoren las partes de que está compuesto. No hay mejor forma de ser útil a los demás que actuando con preferencia dentro del primer círculo en que, evidentemente, podremos

tener influencia cierta, que es sobre nosotros mismos.

Rompiendo las trabas inhibitorias sentiremos la moral de la cooperación brillar de la manera más viva y la luz propia habrá de llegar con la fuerza del ejemplo activo a las mentes de cuantos nos rodean.

No podremos transformar el mundo por la fuerza de nuestra acción, que es impotente para transformarlo todo, pero conformémonos con un destino más acorde con nuestras posibilidades: transformémonos nosotros e influyamos con nuestra transformación en quienes constituyen el círculo más próximo: la propia familia, las amistades, las instituciones en que militamos, los núcleos a que nos dirigimos.

No supongamos que ésta es pequeña o intrascendente tarea. Por el contrario, es una importante misión que los hombres —deseosos de realizaciones más espectaculares— no siempre llegamos a cumplir totalmente.

Capitalicemos nuestra propia conducta cooperativamente, es decir, mediante la suma de pequeños actos honrados, honestos, generosos, virtualmente humanos y habremos contribuído así a forjarnos una moral cooperativa de verdadera eficiencia. Todos los pequeños actos que juzgamos sin importancia aisladamente van definiendo nuestra cada vez más firme conducta cooperativa, que habremos de aplicar a toda nuestra vida diaria. De igual manera que los pequeños ahorros de los socios de una cooperativa forman el capital social, que hace importante a la institución; los pequeños actos, las insignificantes acciones de nuestra vida

van formando nuestro capital moral. Una extracción de fondos, reduce el capital social; una acción deshonesta, una actitud egoísta, un pensamiento mezquino, achican o reducen la personalidad moral cooperativa que vamos fortaleciendo paulatinamente.

No desdeñemos por pequeña ninguna de nuestras posibles actitudes constructivas.

Si realmente queremos trabajar para el logro de una moral ambiente superior, debemos actuar constantemente con firmeza, tenacidad y fervor en dirección a un preciso sentido de cooperación humana, afirmado en cada una de nuestras actitudes, que son peldaños conducentes a la meta de una nueva realidad social.

IV

Bases espirituales de la cooperación

Hemos descripto ligeramente las bases económicas de la cooperación que son fácilmente comprensibles porque las matemáticas son precisas y, en consecuencia, de rápida comprobación. Tenemos una enseñanza común, que nos permite alcanzar sin esfuerzo, con la elocuencia de los números, las ventajas económicas del sistema cooperativo sobre el actual sistema capitalista. Igualmente nos resulta fácil comprender —aunque menos fácil que el de la economía— el aspecto moralizador de las actitudes cooperativas, pero ¿cómo será posible transmitir o explicar las bases espirituales de la cooperación, apenas perceptibles y nunca comprobables a primera vista?

Ya entrados en una mezcla de lo anímico y lo sentimental, advertimos la dificultad que tenemos para explicar a los demás la existencia de esas bases importantes, porque ello se encuentra en lo entrañablemente íntimo de cada ser y su manifestación exterior se percibe por una lágrima o, simplemente, por un estremecimiento de la piel que nadie advierte más que el que lo siente. No obstante, si algo tiene de perdurable la acción cotidiana de la cooperación, es la de crear en lo íntimo de cada ser ese basamento inconmovible que es su espíritu cooperador.

Ya no es el pensamiento, ya no es la costumbre, ya no es el acto físico reiteradamente realizado lo que tiene importancia. Es la voz interior que oye sólo el que la posee; es una actitud casi mística cuyo mejor clima es el de la soledad sin reservas; es la esperanza imprecisa que nace por impulso incontrolado; es la convicción serena, profunda y sin explicaciones de la hermandad universal; es el fraterno afecto hecho ya verdad de nuestra vida. Es tender imaginariamente las manos en ondas de sentir fraterno y sentirlas estrechadas en la lejanía por manos amigas cuyas presencias ignoramos y a cuyos dueños desconocemos; es vibrar emocionalmente al propio tiempo que vibran otros en un sentir elevado; es amasar todo el bien que hemos recibido, fortalecerlo, consolidarlo y volcarlo sobre el mundo; es tener la esperanza siempre abierta y el corazón en alto para que todo cuanto de superior inspiración pueda albergar nuestro ser, gravite sobre la conciencia y el espíritu de los demás. Es la entrega sin control; es la suma de pensamientos hermosos; es la comprensión de la vida en toda su amplitud; es sentir la caricia de la brisa como un estímulo para ser mejores; es advertir la presencia ideal de la flor como construcción armónica de la naturaleza y recibirla como incitación para contribuir a que los hombres seamos más sensibles a esa presencia y recojamos su enseñanza; es colocarnos frente al mar y sentir el oleaje impetuoso como fuerza incontrolable, nacida en lo más profundo de su seno y advertida solamente en el movimiento de sus ondas exteriores, cuyos orígenes escapan a nuestro común entendimiento, pero que surgen por designio de algo que, como

nuestro espíritu, no puede ser determinado; es enfrentarnos a la montaña y sentir dentro nuestro toda su extraña grandeza; es percibir el temblor del pájaro en su aleteo libre y en su canto sin destino aparente; es la emoción que se eleva ante la presencia de la vía láctea, luminosa sobre la oscura noche de los hombres; es la cruz del sur apuntando un destino, fluctuando sobre nuestras almas; es el rayo tajante, conmoción violenta en el espacio; es el huracán barriendo todo lo que no está sólidamente arraigado; es nuestra vida interior ligada a todo eso que nos circunda, que no es estrictamente humano, pero que puede gravitar sobre nuestras humanas decisiones.

Todo nos está llamando a la cooperación, todo nos incita a unirnos, todo nos señala que algo que hay más allá de nuestro vivir egoísta, enredado en una simple y compleja relación económica, nos está aguardando para que nuestra existencia se realice en forma más armónica. Todos los elementos, todos los incentivos están, como está la verdad trascendente que debemos descubrir y alcanzar. Sólo es preciso que los hombres tengamos una visión más profunda de nuestras reales posibilidades.

La cooperación no es una creación de los hombres, como lo es el cooperativismo. La cooperación no es el fruto de disquisiciones filosóficas ni de análisis severos que arriban a conclusiones precisas. Pueden ser fruto de esas disquisiciones y de esos análisis las formas orgánicas que toma la cooperación para estructurarse; pueden serlo los estatutos, las sociedades constituídas, la actuación exterior de los hombres, pero el sentido básico

espiritual de la cooperación, es un mandato de la especie que recibimos como regla superior de convivencia para el armónico desarrollo del hombre, por cuya realización podremos superar estas etapas egoístas, para encontrarnos en la verdad pura de que para *ser* no es preciso *destruir*, si no que para *ser* es preciso *cooperar*.

Todos los hijos del mundo son, espiritualmente considerados, nuestros hijos. Si esta verdad irrefutable no vive en el espíritu de los hombres, es en vano que declamemos la doctrina de la cooperación y será en vano que nos enorgullezcamos de los progresos económicos alcanzados por el sistema cooperativo, que solemos ostentar como valores supremos de la sociedad.

Pueden inventarse todos los sistemas económicos imaginables y todas las formas posibles de la relación humana, pero sólo subsistirá la especie *armónicamente* cuando sea una afirmación en el templo íntimo de cada individuo la verdad sustancial de que cada ser es una partícula de un gran organismo, del cual nosotros mismos somos integrantes.

Si nos desligamos del aire, del sol, del agua, de la tierra, del pájaro, de la montaña, del cielo y nos consideramos aislados del cosmos; si no advertimos que hasta el clima tiene influencias sobre nuestras decisiones y aptitudes; si nos creemos centro del universo pensando que todo gira en torno nuestro y sólo para nuestro beneficio; si nos erigimos ególatras y creemos que todo ha de venir hacia nosotros sin que nosotros empeñemos nuestro esfuerzo; si cerramos el círculo de nuestra conveniencia en nosotros mismos, seremos

individualmente una pobre cosa que se revuelve sin soluciones en las redes que el propio egoísmo nos ha forjado.

Si, por el contrario, nos sentimos factores de progreso colectivo, si sabemos que dar no es regalar sino sembrar para una superior cosecha conjunta, y en esa colectividad nos sentimos como parte integrante e indivisible del conjunto, pero no como factor preponderante y excluyente de otros aportes; si empeñamos nuestro esfuerzo en una tarea de constante superación en la que colaboran con su presencia y su influencia todas las fuerzas de la naturaleza, tendremos vivo el sentido espiritual de la cooperación en nuestro propio interior.

El egoísmo y el egocentrismo cierran los horizontes, nos introducen en un mar de dudas y en una serie de luchas estériles y de problemas que jamás podremos superar, porque el problema reside en nuestra estrecha concepción de la vida y en nuestra reducida vibración espiritual con el universo.

Si, en lugar de sobreestimarnos dando rienda suelta a nuestra egolatría, nos replegamos, sencillos y pequeños, en la soledad de una noche inmensa, acercándonos al arroyo murmurante que sigue su trayectoria, ignorante de si alguien lo contempla o no, y percibimos ese silencio profundo donde los ruidos más leves adquieren sonoridad, como el de una hoja que cae al rozar la atmósfera y, luego, su liviano choque con el agua y, más tarde, su avance como ligera embarcación en suave descenso; entonces, todo ésto, que no hemos percibido en las horas de intensa actividad y de fatiga, va rodeándonos con su presencia y

alejándonos de los problemas esencialmente triviales de nuestra actividad diaria, que absorben nuestro tiempo. Introducidos en esa nueva sensación, cuando nos sentimos extrañamente solos, aislados de la sociedad y desprovistos de nuestras vanidades, porque en la soledad no tenemos ante quién exhibirlas; descargados de todos nuestros rencores, porque no tenemos contra quien volcarlos; en la plenitud de ese vacío interior que en nosotros hemos provocado, nos sentiremos penetrados de una suavidad superior, de una liviana atmósfera que nos ha invadido, de unos sentimientos nuevos que revitalizan nuestro ser y tenderemos hermosos hilos invisibles que han nacido de nosotros y tienen conexiones cósmicas. Llegamos a la pura absorción por nuestro ser de la naturaleza que habíamos desdeñado; ahora en la más extraordinaria libertad creadora por encima de las mil cárceles que construímos con nuestras limitaciones y reservas mentales; en la liberación de todas las trabas que nos impiden ver en los demás seres a nuestros verdaderos hermanos; en la presencia cierta y vibrante de mil sutilezas que se adentran en nuestro ser íntimo cuando les abrimos las puertas de ese hombre desconocido que es nuestro propio huésped y que tanto tardamos en descubrir a pesar de albergarlo y pertenecernos.

Esta frecuentación del espacio abierto, del arroyo, de la noche plena, de la actividad de las aves, de la montaña y del amor universal, será lo que habrá de limpiarnos de todas las aberraciones que hemos ido acumulando a través de nuestro mezquino existir.

Hay que eliminar barreras, para hallar el espíritu de la cooperación.

Hay que eliminar todas las barreras que nos impiden arribar a las regiones donde la convivencia no sea especulativa, sino simple y hermosamente fraternal.

Hay mucho que hacer, indudablemente.

No somos utopistas, ni ingenuos soñadores alejados de la realidad.

Tenemos la certeza de que el camino es largo y de que hay que empezar por nosotros mismos: trabajar en el propio interior; eliminar las propias barreras, trascender los límites estrechos para encontrarnos ante un panorama interior de insospechadas proyecciones. El espíritu de la cooperación, nacido en nuestro interior, podrá superar luego todos los demás obstáculos que se opongan a su desarrollo. Eliminados los obstáculos que nos cercan —los que están oprimiendo nuestro pensar, los que están limitando nuestro sentir e impidiendo nuestra acción generosa— es seguro que adquiriremos alas para llegar a insospechada altura y morar allí con la libertad y plenitud que hemos conquistado en nuestras almas.

La libertad no la podemos reclamar, si primero no la hemos conquistado en nuestro interior, y si la hemos conquistado, no necesitaremos reclamarla porque la poseeremos invencible y nadie nos la podrá quitar. Si no somos capaces de eliminar cuanto nos estorba para el desarrollo de nuestro ser íntimo, jamás tendremos fuerzas suficientes para impedir que otros nos cercenen las libertades. La fuerza espiritual es el instrumento más poderoso que posee el hombre. Acrecentándola,

trabajando ardorosamente en una tarea de todos los días, de todos los minutos, en todos nuestros sentimientos y pensamientos, es como nacerá la aptitud esencial para la cooperación, desplegando el vuelo hacia estados interiores hasta ahora desconocidos.

No nos alejaremos de la tierra por eso, como algunos podrán objetar.

Nunca el hombre podrá vivir desligado de sus hermanos ni extraño a sus problemas ni a sus destinos. Ningún hombre podrá ser plenamente feliz mientras quede uno sólo de sus hermanos con esa importante tarea sin realizar y no le hayamos iniciado en la inevitable empresa de superarse.

Ningún cuerpo es sano mientras alguna de sus células muestre una enfermedad. Un dedo enfermo, indica un organismo enfermo. Un hombre que sufre es parte de un gran organismo social y, por esta *ley superior de la cooperación,* ningún ser humano podrá descansar ni ser dichoso mientras exista miseria y sufrimiento en torno suyo.

Todo lo que se edifique sobre la angustia y el dolor de los seres humanos, va en contra de la especie y esta verdad fundamental se hace trascendente por su raíz espiritual.

Salvemos al hombre de sus imperfecciones.

La doctrina de la cooperación no se detiene en la elocuencia de los números ni en la eficacia de las leyes morales. Va mucho más allá. Se ubica en la esfera de lo superior, donde habrá de llegar el hombre. ¿Qué meta superior puede concebirse que no sea ésta de redimir por medio del esfuerzo personal y colectivo al ser humano, ejercitándolo

en la práctica de una doctrina que reclama la suma de sus posibilidades?

No hay moral ni filosofía superior a esta doctrina de la cooperación, que en su esencia es trabajar con todos y para todos, *sin exclusiones*, porque las exclusiones son las que transforman los grandes ideales en pobres dogmas.

En la simple frase de *"Uno para todos y todos para uno"*, no se condensa solamente el aspecto económico y moral, sino una doctrina de armonía que debe imperar en el mundo y hacia la cual deben converger los esfuerzos de todos los seres humanos.

Este sentir espiritual que hemos pretendido definir —aunque es indefinible—, esta presencia de lo superior en nuestras actividades diarias es lo fundamental para la plena vigencia de la doctrina.

Si trabajamos para el porvenir —y todos trabajamos para él, de una u otra manera, pues mañana recibiremos los frutos de nuestra acción de hoy, mientras hoy cosechamos lo que ayer hemos sembrado— y deseamos que ese porvenir sea superior al presente, no desdeñemos ni un sólo instante de nuestra existencia y empecemos a trabajar con perseverancia y fe por él.

No importa que los demás no crean: creamos nosotros.

No importa que los demás sean egoístas: no lo seamos nosotros.

Están reventando las semillas: No nos amarguemos porque aún no son árboles. Semillas de hoy, serán árboles mañana. Y frutos. Y nuevamente semillas.

La siembra no empezó con nosotros ni terminará con nosotros.

Así, con esa certeza, la cooperación tiene en esta virtud su base espiritual que, como se ve, trasciende a todo lo que ha sido orgánicamente creado para el desarrollo del cooperativismo y que, con ser lo que no puede mostrarse en gráficos, es lo perdurable y trascendente.

La *cooperación* es económica, moral y espiritualmente, *doctrina de armonía.*

Reglas de oro de la cooperación

1 — Libre acceso y adhesión voluntaria
2 — Control democrático
3 — Distribución del excedente
4 — Limitación del interés
5 — Neutralidad política y religiosa
6 — Pago al contado
7 — Estímulo a la educación

INDICE

PÁG.

I

Introducción 5

II

Bases económicas de la cooperación 11

III

Bases morales de la cooperación 17

IV

Bases espirituales de la cooperación 30

Reglas de oro de la Cooperación 41

CUADERNOS DE CULTURA COOPERATIVA

Colección de opúsculos, en cómodo formato 120 x 185 mm., cuidadosamente impresos, en los que se estudian los diversos aspectos del cooperativismo; su doctrina, su práctica, sus relaciones con la economía, la sociología, la filosofía y la ética.

PUBLICADOS:

1 — **Explorando el futuro** (El movimiento, el método cooperativo y sus posibilidades), *por Miguel Angel Angueira Miranda.*

Las perspectivas de un mundo en plena transformación, por un sistema que auna a los hombres de buena voluntad, que rige sus actividades en un nuevo orden económico y que fundamenta, a la vez, las relaciones sociales y las normas éticas. 64 páginas ..... $ 12.—

2 — **La vivienda ¿un problema insaluble?**, *por J. C. Del Giudice.*

Un análisis del inquietante fenómeno de la falta de habitaciones, que amenaza con la degradación moral de la sociedad. La evolución histórica de la vivienda y la etapa final de la renta por alquiler. El planteo de una solución cooperativa. 106 páginas ..... $ 15.—

3 — **Pensamiento estático y dinámico en el movimiento cooperativo,** *por W. P. Watkins.*

Con una sólida cultura histórica, el *Director de la Alianza Cooperativa Internacional,* nos da ponderables elementos de juicio y deducciones interesantes sobre el movimiento cooperativo. Un sugestivo y aleccionador esfuerzo de auto crítica, que debemos aprovechar. 64 páginas ..... $ 18.—

4 — **Cooperación, doctrina de armonía,** *por Enrique Agilda.*

Entre otros importantes problemas de nuestro tiempo, el autor destaca uno de extraordinario valor moral: *"¿Produzco yo, honestamente, cosas útiles? ¿Ofrezco servicios necesarios y no ficticios?"* Tal el tremendo desafío y la fuerza incontrastable de este "drama interior", luminosamente expuesto por Agilda. 64 páginas ..... $ 15.—

Adquiera estas ediciones. Forme su biblioteca. Difunda su lectura entre sus amistades. El cooperativismo es obra de la inteligencia y sólo se impondrá por la cultura.

Necesitamos en cada pueblo un hombre dispuesto a trabajar por esta iniciativa.

Ediciones INTERCOOP

Florida 32 - Of. 42 - Buenos Aires

meterse a la siesta en algún café casi vacío, a escribir versos mientras afuera llueve. Los versos brotan solos, sonoros, rotundos. Ninguno dice lo que quiere, pero no cantan mal, y ya es algo.

Pero a decir verdad, mucho mejor que los versos es, de seguro, estar escribiéndolos, así, novelescamente, soñando amores, embriagándose uno de tropicales aromas, rota al fin la monotonía de los días iguales.

*

Si hoy llueve —y está muy bien—, mañana no lloverá. Y entonces nos iremos, no lejos de la ciudad, a conocer quebradas y valles de inolvidables verdores. (Dulce entre todos, el de la caña de azúcar.) Valles y quebradas de una luz vibrante, magnífica, y de unos horizontes inmensos, en que la selva tucumana le propone a la Vida coronar de esplendores eternos, todas, absolutamente todas, las montañas del mundo.

SALTA

SALTA, PORTAL DE LA LIBERTAD

Fue en Metán donde subieron al tren aquellos señores elegantísimos, aquellos señores feudales del feudalismo criollo, aquellos aristócratas que acababan de visitar la gleba poblada de sus siervos. Yo no había visto nunca cosa igual en hombres de campo; ni más elegancia ni más señorío. Eran, a juzgar por la vestidura y el talante, los señores de Salta, sus amos feudales, dijera lo que dijera la buena Constitución liberal. Estaban vestidos de hombres de campo, pero con la más atildada pulcritud. Calzaban unas botas de charol lustrosísimo en que brillaban como espejos las cañas, y, al andar, casi les chispeaban de tan limpios los espolines de plata. Llevaban los pantalones abombachados, sobrándoles apenas sobre la bota. El busto se erguía, envuelto en el poncho blanco de vicuña, poncho fino como un encaje y blanco que ni la nieve. Un sombrerón de anchas alas, también de pelo de vicuña y también blanco, completaba el atavío de tan cabales duques y marqueses, cuyos rostros, de singular distinción, traían afeitados y lozanos. Luciales la chispa del dominio en los ojos y hablaban con el acento de los hombres francos y leales, y aun, conforme lo consentía el diálogo, con el tono más persuasivo del mundo. Yo me quedé maravillado. No había visto nunca, repito, cosa igual en mi patria. En Córdoba, por ejemplo, el hombre de campo aristocrático acaba teniendo algo de clandestinidad y promiscuo en su persona, ya ni rural, ni urbana, a fuerza de querer serlo todo. Pero ¿cuándo vi nunca presencias como éstas? Por otra parte, si en Jujuy me había de parecer que la naturaleza se lo tragaba al hombre, aquí, de pronto, se veía al hombre, con todos los atributos del señorío, domeñar las montañas y los horizontes.

Deslumbrado, los miraba desde mi asiento, devorándolos con los ojos, como quien lee una novela de más en más cautivadora, por la imprevista hondura de sus personajes.

*

No éramos llegados a Salta; pero anunciábase la noble y religiosa ciudad en visión de torres, campanarios y barrocos portales. Allí vivían, allí mandaban, allí habían nacido estos señores que subieron en la estación de Metán. Allí tenían sus solares, sus solariegas casonas, acaso en la vecindad de algún beaterio, de esos donde por día domingo se compran alfajores, alfeñiques y ovejitas de dulce. Vetusto, de seguro, el caserón; herencia de bisabuelos. Las puertas, claveteadas. Pesado el llamador. Lentas de abrir las hojas. Ancho, muy ancho, el zaguán. Cuadrado el patio, pavimentado de lajas, y cubierto de tiestos, macetas y tinas. Incluso algún árbol del bosque al medio de las plantas domésticas. Linda, florida la reja, muda en la calle muda; pero propicia de noche a la serenata de un gentil amor. (Así empezaron tal vez los amores de estos gentileshombres: con una serenata al pie de la linda reja.)

*

Aún no éramos llegados a Salta, pero se nos anticipaba su nobleza en desmayada visión de penumbrosos aposentos. Adentro, no bien traspuesto el umbral de cada estancia, olores viejos, aliento de viejos sahumerios. Muebles macizos. Arcones con pretéritas prendas: chales, abanicos, quitasoles. Antiguos sillones de cuero de Córdoba. Maderas con incrustaciones de nácar. Un crucifijo de marfil y santos de bulto, pintados de oro, blanco y azul, en rinconeras que medio ahoga la sombra de las paredes. En una repisa, unos marchitos retratos amarillentos. Señorones del tiempo de Rosas con tamañas patillas. Señoronas de otra edad con tamaños peinetones y miriñaques. En la alfombrada y toda mullida sala, el reclinatorio, donde la dueña de casa reza al Señor de los Milagros. Es posible —hubimos de imaginar— que los amores de estas damas comenzaran al son de una serenata al pie de la bien dibujada reja. De no ser así, empezaron en la plaza —en la plaza por antonomasia—, mientras la banda ejecutaba un vals confidencial. Tiene que ser como lo digo. La placidez de esos rostros de las mujeres salteñas está toda hecha con la dulzura de un semejante recuerdo. En el

comedor contiguo, difuso vaho de naranjas. Sobre la mesa, si es hora del té, vajilla de plata del Potosí.

*

No somos llegados a Salta; pero se anticipa su hogareña pureza en visión de niños alegres. En el patio amplio, cuadrado, poblado de plantas y atravesado de asustadizos trinos, cantan los niños una canción peninsular; la canción antiquísima de las hijas casaderas:

Ya me voy muy enojado
a los palacios del rey,
a contárselo a la reina
y al hijo del rey también.

Cae la tarde en la ciudad. Descuella alta sobre un fondo de arreboles la alta torre de San Francisco, señoreando por encima de los tejados. En eso, las campanas del Ángelus que se echan a volar. Revuelan los tañidos sobre el patio salteño. Los niños piensan que pasan claros ángeles en el viento. Y siguen cantando. Se apaga el tañer y entra la noche.

En todo, algo de la poética Lima de los virreyes; si no su boato, su gesto; si no su grandeza, su orgullo.

*

Después llegamos a Salta y nos asombra la exactitud de nuestra adivinación. La realidad no desmiente ni un punto la fantasía. Y es que teníamos la clave. Salta no podía ser sino como la veíamos soñando: tan íntima, tan recatada. Pues hay dos maneras de ciudades y no más: las que nacen con la vocación de las calles y las que han de vivir para las devociones de la casa. De estas últimas es Salta. Mucho mejor que la exploración de sus plazas y ágoras, el recogimiento a la sombra de las conversaciones familiares, bajo el balanceado ritmo de la tonada salteña. Criaturas sentimentales y novias en flor de ilusión son los mejores oráculos del alma de la ciudad.

Una de estas criaturas sentimentales —una Violeta del Valle— cantará el elogio de la vida provinciana. Tiene un cuaderno de versos que mañana dará a la estampa. Elogiará esa vida tal cual es. Quieta la vida, detrás de la reja, pero en un sosiego florecido de encantos. Quietas las montañas, pero como en un hechizamiento transfigu-

rador. Quietas por mucho tiempo las campanadas de las horas en el aire, en las almas; pero no yertas, sino vivientes y estremecidas de misterio. Entretanto, el pasado cuaja románticamente su sombra sobre las calles y las cosas... ¿Qué habrá, pues, mejor en Salta que el recogimiento al amor de las conversaciones familiares, al balanceado ritmo de la tonada salteña?

*

Pero no está mal, si la noche es de luna, salirse por esas calles dormidas —todo como en un romance de Zorrilla— y andarlas a la ventura. La serenidad impregna el alma de la noche montañesa. Salta se deja andar, pero muy poco a poco. Es ciudad para irse deteniendo de portal en portal. Ciudad para ir de puerta en puerta ladroneando sutiles y delicadas cosas que algún día serán versos.

Y uno retorna a su hotel preguntándose y respondiéndose como en una letanía: —¿Viste joya mejor, rincón más delicioso que el balcón voladizo de la casa de Arias? ¿Y en qué soñaste? —En ser una paloma sobre el tejado. —¿Y aquellos ventanucos, el uno a una calle, el otro a la otra, de la casa de Chavarría? —Faltaba solamente acaso una madreselva alrededor. —¿Y el patio grande de la casa de Aguirre y la cubierta escalera recostada al muro? —Faltaba únicamente salvar la distancia de un suspiro para echar el tiempo un siglo atrás. —¿Y qué faltaba en la ventana de la casa de San Millán? —Un rosal en la reja. —¿Y en el zaguán de la casa de Castellanos? —Un monje portero. —¿Y en todos esos patios bañados de luna? —Si estaban ella y él ¿qué queréis que faltara? [1]

*

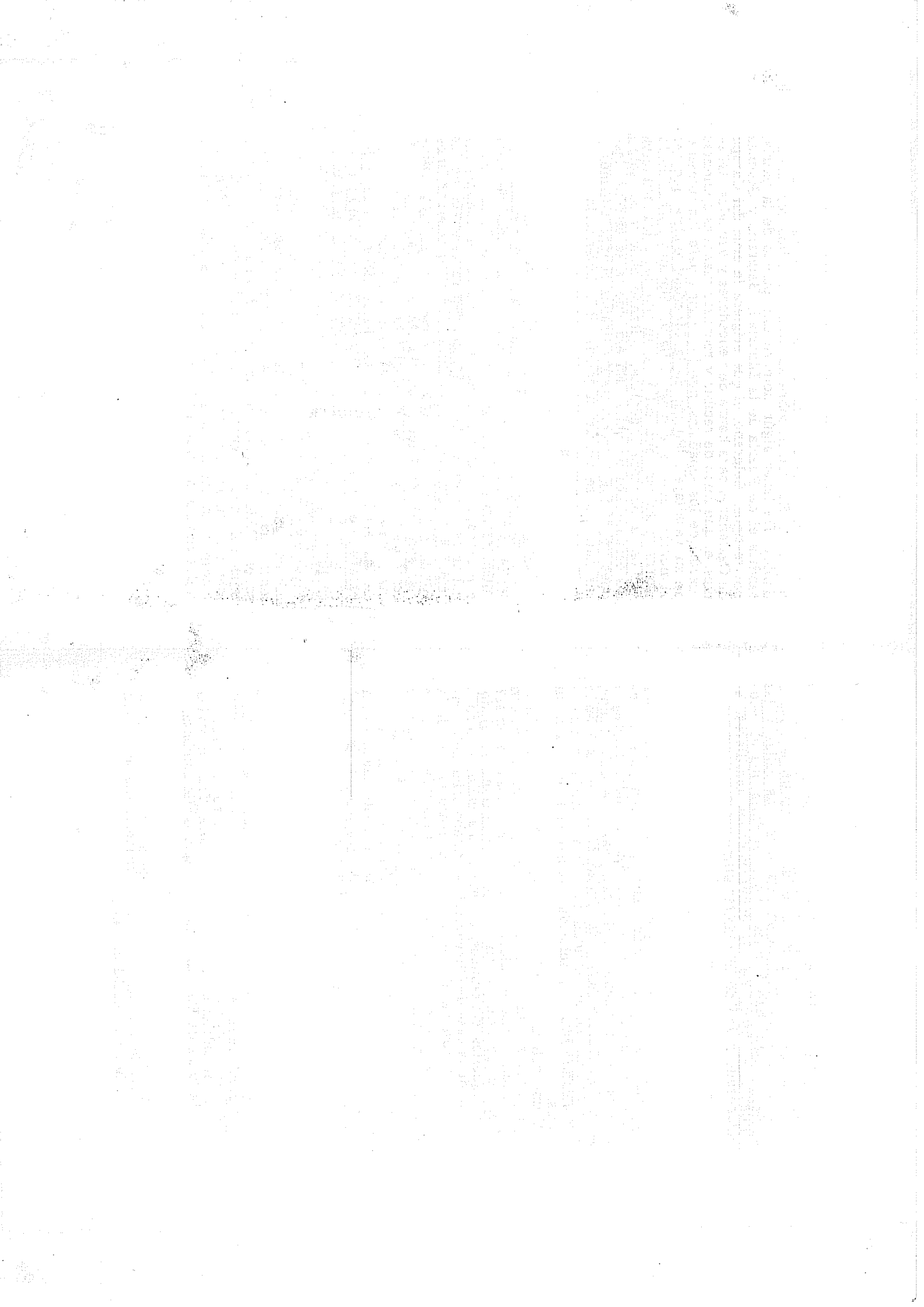
¿Por qué no lo hemos dicho antes? Ya era tiempo de decir esta verdad central. Salta no es sólo poesía. Salta es también historia.

He aquí lo que nos dijeron en la casa de Aguirre:

Desde el balcón de esta casa, el general Tristán divisó los batallones de Belgrano en las vísperas del combate.

[1] Las gracias sean a dadas a J. Augspurg y a Miguel Solá, que en un álbum de suma dignidad artística han sabido guardar la visión de la arquitectura colonial de Salta.

Salta es desde entonces una de las grandes puertas de la patria. Resonaron sobre su bronce aldabonazos formidables. De tener algún nombre esta puerta de la patria, tendría el de Puerta de la Libertad. Belgrano y Güemes por testigos. Belgrano, el que erigiera la cruz del Campo de Castañares para honra de vencedores y vencidos. Güemes, el que hubo de recibir y rechazar "las más opulentas ofertas de los españoles, que le querían para instrumento de su vasallaje". ¡Puerta de la Libertad tendría que ser el nombre que se le diese a Salta, glorioso portal de la patria, pues por ella salió al mundo para los primeros vuelos la bandera argentina, agitando cielo y sol sobre los escuadrones patricios. En esa Puerta se estrelló después impotente la rabia de los tiranos cuando Güemes y sus gauchos se volvieron jauría para defenderla.

Comprendemos otra verdad. Ciudades como ésta de Salta son las que trazan una semejanza continental entre los pueblos de América. Algo hay en esta ciudad de Salta substancialmente fraterno con San José de Costa Rica o con Managua y Caracas. Salta es una de las cuentas del collar de América. En su silencio repercute el eco de las remotas ciudades romanas, mucho más que en Buenos Aires. Por la común cadena andina, Salta se hace solitarias señales con Quito, con Bogotá o El Salvador. Está como de atalaya para los alertas de unas seculares guardias. No en vano lleva Salta uno de los nombres heroicos de las batallas emancipadoras. Estos sitios donde hubo batallas decisivas, donde la historia del Nuevo Mundo hizo convocación de hados, son para siempre los grandes campos magnéticos del continente y las torres de una secreta y misteriosa radiotransmisión.

Todo esto acaso por la gracia de unas mismas cosas: los mismos portales barrocos, los mismos vetustos beaterios, las mismas puertas claveteadas, los mismos aldabones cansados. Todo esto porque una ciudad vale otra. Iguales tejas coloradas. Iguales noches confidenciales y tibias; idéntica sombra de paz en las conversaciones; idénticos amores. La misma poesía, la misma historia, la misma dulce novela sin trama ni fin.